

TODAS LAS NOCHES DEL MUNDO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.60

TODAS LAS NOCHES DEL MUNDO



CURTIS GALAND

TODAS LAS NOCHES DEL MUNDO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 275

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS —
MEXICO**

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 35.403 — 1975

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: NOVIEMBRE, 1975

© **CURTIS GARLAND** — 1974

texto

© **SALVADOR FABÁ** — 1974

cubierta

*Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.***

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

*Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.***

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

PROLOGO

TODO comenzó y terminó con un espantoso fulgor que pareció cegar a los propios astros e iluminó la noche con resplandores de apocalipsis.

Luego, cuando volvió la oscuridad, ésta era más profunda que ninguna otra. La noche se hizo insondable y sombría. Larga también. Muy larga. Casi eterna.

Ese fue el principio. Y el final.

Tras el estallido de luz, un bramido aterrador se extendió por todo el planeta llamado Tierra. Los suelos se erosionaron violentamente. Las montañas fueron como pilares de azúcar en su desmoronamiento. Los abismos surgieron como picachos enhiestos, y simas profundas e inaccesibles engulleron lo que quedaba en pie de las ciudades, que no era mucho.

El ruido dio varias veces la vuelta a la Tierra, pero muchas de esas vueltas sobraron, porque para entonces, nadie o casi nadie podía escucharlo ya.

Los mares, agitados, embravecidos, penetraban en las tierras arrasadas. El oleaje dejaba abandonados sobre las playas y los arrecifes millones de peces muertos. La superficie toda de los mares, despidió en los días siguientes un hedor terrible, a descomposición ya muerte. Escualos y cetáceos, mariscos y peces, crustáceos y cuantas criaturas albergaban los océanos en su seno, emergieron sin vida, convirtiendo la superficie marina en un ingente mar de sargazos apestosos que antes tuvieron vida y animaron las profundidades.

Y ése fue el fin de un planeta llamado Tierra.

Ese fue el fin de una civilización, de unos seres, de un mundo, de unos pueblos, unas razas, un saber y un modo, de vivir. Ese fue

el fin de una época, de una humanidad.

Lo que siguió luego, necesitó siglos y siglos. Tantos, que nadie podía pensar ya en el pasado con conocimiento exacto de causa, entre las criaturas que poblaron paulatinamente la Tierra en venideras centurias...

Y nadie, absolutamente nadie, en las oscuras tierras del terror y la superstición, o en los reductos de los mutantes, o en los albergues clandestinos y secretos de los defensores de las viejas ciencias humanas, recordó con exactitud cuándo había sucedido *aquello*. Cuándo la Tierra, dejó de ser algo, para convertirse en un oscuro planeta sin aparentes vestigios de vida para un observador de otros mundos.

Y así, después del fin, como había sucedido siempre, tras cada hecho apocalíptico, en el, que la raza humana trataba de destruirse a sí misma con ciega estupidez, hubo también un principio...

* * *

Castillos y chozas.

Feudalismos, reinos sombríos y comarcas tenebrosas. Luz de sebo, de aceite o de cera, brillando tímida mente en cabañas y callejuelas miserables, hediondas y peligrosas.

Ciudades medievales. Tiranías, guerras enconadas entre tribus y hordas. Superstición y hambre, miseria y terror, alquimia y crueldad.

Mares tenebrosos de aguas pestilentes y mortíferas aldeas perdidas en yermos oscuros y miserables, a la sombra de fortalezas de nuevos tiranos y reyezuelos malvados y ambiciosos.

Hombres y bestezuelas mutantes, arrastrándose de región en región, revolcándose en su propio infortunio, en sus formas repulsivas y monstruosas que ellos no pidieron... Demonios vivientes, que unas, veces son brutales guerreros, caudillos, feroces, soldados embriagados, ávidos de fortuna, de sangre y de sensualidad... y otras, alquimistas o, brujos capaces de invocar tenebrosos poderes que el hombre desconoce y por ello mismo, teme hasta la demencia.

Nuevas razas de seres increíbles, crueles y ambiciosos, poderosos y desconocidos, en lejanas tierras abruptas adonde rara vez llegan los medrosos habitantes de aldeas y villorrios, los peregrinos marcados con los estigmas de dolencias atroces, de pestes y

epidemias sin nombre. Y los poderes de esas nuevas razas, capaces de nublar el entendimiento del hombre y conducirlo a abismos de horror mil veces peores que la misma muerte.

Y en algún lugar, escondidos, lejos de todo cuanto mora la Tierra, de todo cuanto significa ignorancia, temor supersticioso, oscurantismo, religiones atávicas o creencias demoníacas.. unos pocos hombres, unos escasos y audaces seres, depositarios de los últimos vestigios de la sabiduría humana de otro tiempo: la Ciencia.

La odiada, la temida Ciencia, que apenas nombrada se compara con el peor de los demonios, el más abominable de los monstruos aniquiladores... La Ciencia, que el hombre nuevo ha aprendido a aborrecer, porque es para él la culpable de todo cuanto sucede y sucedió...

Viejos libros, recuerdos de civilización, tecnologías... Todo se destruye, si es que aún ha sobrevivido. El odio es más fuerte que la inteligencia. El instinto, aniquila la razón.

Los seguidores de la Ciencia, son apaleados, torturados o encarcelados en inmundas mazmorras, entre ratas y aguas corrompidas. Se les decapita o se les cuelga de un arbusto retorcido y reseco, en cualquier camino desolado y sombrío, por los que nadie viaja solo, por miedo a las hordas de bandoleros y asesinos.

Y, sin embargo...

Sin embargo, en algún lugar, un grupo de elegidos sobrevive a esa persecución implacable de los ignorantes y de los supersticiosos. Un grupo de hombres y mujeres que se niegan a que perezca la sabiduría humana, y las criaturas vivientes se dirigen inexorablemente hacia la oscuridad de la mente, hacia las sombras de la bestialidad absoluta, hacia la noche del mundo, o acaso hacia todas las noches del mundo...

Esa es la Tierra en que estamos entrando ahora, a través del vehículo de estas páginas. Un mundo perdido en la oscuridad y en la miseria, en la desesperanza, el odio y la superstición. En la violencia y en la ignorancia...

¿Quién puede recordar ya, en ese nuevo oscurantismo terrible y apocalíptico, los tiempos en que la Tierra poseía una civilización capaz de iluminar radiantemente las noches de grandes urbes con millones de habitantes, capaz de dirigir proyectiles y naves al espacio, de invadir los caminos de monstruos metálicos movidos por

el hombre, de crear técnica e industria, de dar comodidades y diversiones, de producir confort y placer, de abrir la mente nuevos conocimientos?

Nadie, o casi nadie recuerda esos viejos eventos perdidos en las noches infinitas de la nueva época. La gente arrastra su miseria y su ignorancia por un mundo de yermos, de cráteres humeantes, aún, de termas hirvientes, de glaciares o de hacinamientos de mugrientas viviendas.

Algunos recuerdan, con odio y terror, que hubo otros tiempos :que: repentinamente se hundieron en un espantoso holocausto total. Y se estremecen, persignándose o murmurando oraciones a nuevos dioses en quienes quieren confiar sus destinos.

Aquello que sucedió una vez, llenando de luz y de ruido, de muerte, y de caos el mundo entero, es sólo un vago comentario, el: murmullo o cuchicheo entre los que quieren tener bien presente que las cosas nunca deben volver a ser como fueron. Y para ello, es necesario que todos luchen por seguir así. En una vida oscura y bestial, en una era de ignorancia y torpeza, de miseria y de ruina.

Hay quien dice que eso ocurrió en el año 2003 de la Antigua Era. Otros aseguran que el cálculo está mal hecho, y sucedió mucho antes de que llegase el año 2000. Una tercera opinión, sugiere que eran casi las postrimerías del año 2060.

Nadie lo sabe. Nadie tiene pruebas. Ni recuerdo. Nada.

Pero sucedió. La antigua Tierra, ya no existe. La civilización se derrumbó junto con, todo lo establecido, el día en que alguien cometió el error de utilizar un arma demasiado poderosa. No hubo vencedores ni vencidos. No hubo nada. Fue el final.

Y el principio.

El principio de esta nueva Tierra en la que hemos penetrado ya...

¿No son esas débiles lucecillas las de una aldea bajo la lluvia rojiza, en ese páramo fangoso que alumbran los lívidos fulgores del temporal?

Vamos hacia ella. Al menos, nuestros cuerpos ateridos, cubiertos con la estameña tosca y raída, encontrarán el calor de un fuego y, quizá, con un poco de suerte, un trozo de pan moreno, un poco de queso y una jarra de vino agrio.

Sí, vamos. Caminemos un poco. Y tratemos de no pensar en

otros tiempos. En *otra* Tierra. Todo eso quedó atrás. Hace años. Siglos. Muchos siglos. Tantos, que ya nadie puede recordarlos...

Nos separa demasiado: tiempo de aquella época. Demasiado Una larga, interminable, infinita noche de dolor, y de amargura. Muchas noches. Todas las noches del mundo, amigo mío.

Vamos... ¿No hueles ya el ácido aroma del vino oscuro de esta tierra. Y el pan, caliente y áspero, junto a un plato humeante y frugal?

No, no te sientas extraño. A fin de cuentas, es nuestro mundo. Tu mundo y el mío. Nosotros no tuvimos la culpa de que las cosas volvieran a ser así. Ya no hay solución para nada. Nunca la habrá. Nunca...

Primera Parte

LOS GUARDIANES DE LA CIENCIA

Capítulo Primero

PEREGRINOS AL NORTE

LOS dos hombres se miraron en silencio.

El apetito estaba saciado ya. El pan caliente, la sopa de hierbas y el queso, habían caído bien en sus vacíos estómagos. El vino agrio ayudaría a ello considerablemente. Un nuevo trago vació las jarras de lata mal estañada.

La lumbre de la chimenea era algo mortecina. En invierno, la escasez de leña se dejaba sentir en aquellas regiones. No podían malgastar sus reducidas reservas en unos pocos días.

—¿Os sentís mejor?

—Sí, buen hombre —afirmó el más fornido de los dos viajeros—. Gracias por vuestra hospitalidad. De no haber encontrado esta aldea y una persona generosa como vos, tal vez habríamos muerto.

Afuera, centelleó el rayo. Su estallido ensordecía, haciendo temblar las frágiles paredes de adobe. La lluvia roja caía tumultuosamente, y se oía correr los regueros por las callejuelas angostas del villorrio perdido en el yermo.

—No tengo un buen albergue para ofreceros por esta noche. Pero podéis elegir un rincón en el cobertizo, entre los sacos de harina y el heno. Confío en vosotros. Mañana, con el alba, podéis proseguir vuestro camino. Allí encontraréis unas viejas mantas con que cubriros. Es todo cuanto puedo ofreceros.

—Es demasiado, incluso —habló el que lo hiciera antes, pero inclinando ambos sus cabezas cubiertas con caperuzas de burda tela, como, otros muchos peregrinos de paso hacia las tierras del Norte, en busca de la Ciudad Sagrada—. ¿Cómo podríamos agradeceros semejante favor?

—Bah, olvidadlo —se encogió de hombros el dueño de la casa—.

Es algo qué haría siempre por cualquiera como vosotros, que se encaminara a ver a los dioses, pidiendo por todos nosotros. Un peregrino siempre tiene cabida bajo mi techo.

—No debéis ser de tan buena fe, creedme —habló él otro, sacudiendo la cabeza—. Muchos rufianes se visten ahora de peregrinos para pillar por sorpresa a gente confiada como vos. La astucia de los bandoleros no conoce límites hoy en día.

—Sí, imagino que debo tener cuidado —miró pensativo a sus dos huéspedes, y una sonrisa se dibujó en su rostro, ancho y saludable—. Pero creo que vosotros sí sois realmente peregrinos, y no unos criminales. De cualquier modo, si me hubiera equivocado, me temo que eso no tendría ya remedio...

—No, no lo tendría —sonrió bajo su capucha parda el hombretón que llevaba la voz cantante, en la pareja de peregrinos—. Pero descansad tranquilo. Somos realmente quienes decimos ser, y nuestra meta es la Ciudad Sagrada.

—La Ciudad Sagrada de Ulania... —murmuró el dueño de la humilde vivienda—. Oh, cielos, es como un sueño imaginarla... Peregrinos de toda la Tierra, camino de la plataforma de los dioses, para orar por el género humano... Es algo hermoso. ¿A qué dioses adoráis vosotros, exactamente?

Se miraron entré sí los dos peregrinos. En la sombra de sus caperuzas, los ojos centellearon.

—Bueno, a uno en particular... —comentó uno de ellos—. Ya todos, en general.

—¿Solo a uno? —arrugó su ceño el lugareño—. Creí que estaba prohibido dar culto a un sólo dios...

—Siempre que sea uno de los que adora la gente, no hay prohibición... a condición de qué se hagan ofrendas a otros varios. El monoteísmo se abolió hace siglos, desde que la gente consideró que la fe en un solo dios había conducido al holocausto. Pero, de entre nuestros numerosos dioses actuales, siempre hay uno en quien uno tiene más fe que en otros...

—Sí, supongo que sí —suspiró el dueño de la casa—. Yo sólo tengo aquí una lámpara encendida en honor de Kraal y de Vestal. Son mis dioses favoritos: el dios de las cosechas y la diosa de la abundancia... Resulta lógico, cuando uno depende de esas cosas para vivir...

—Sí, buen amigo —admitió el más alto de los dos peregrinos, poniéndose en pie con un suspiro. Se despezó, tomando su cayado del rincón, y miró las brasas de la lumbre con pereza—. Ahora, vamos a aprovechar ese refugio bajo techado que tan noblemente nos habéis ofrecido, esta noche y que los dioses os lo paguen con toda generosidad.

—Que ellos os, guén hasta la Ciudad Sagrada, con fuerzas y salud. Buenas noches. Al alba podéis tomar un cuenco de leche, y un trozo de pan, para andar mejor vuestro camino...

—Evidentemente, sois el hombre más generoso que hemos conocido —fue el comentario del peregrino, cruzando ya el umbral que, con tela de saco, separaba la vivienda del cobertizo inmediato, lleno de sacos, cestos y montones de heno.

Afuera, la lluvia era torrencial, y el fulgor de los relámpagos parecía diluir las sombras de la noche en nuevos y, fugaces amaneceres. Goteaba agua de algunas de las cañas y tejas de barro cocido del techo del cobertizo, y formaba charcos rojizos en el suelo.

Las rojas lluvias que se repetían insistentemente durante los últimos siglos, acaso con residuos metálicos impregnados en el aire mismo, tras el holocausto, apagaban a veces los cráteres y las termas, e incluso permitían producir algo en las tierras más feraces. Pero senderos y caminos quedaban impracticables cuando eran tan copiosas y continuadas.

Los dos peregrinos tomaron las raídas mantas, llenas de agujeros y salpicadas de heno, para cubrirse con ellas, buscando como lecho los montículos de forraje. Ambos se miraron un instante, bajando sus caperuzas, antes de tenderse a dormir.

El más alto, era moreno y cetrino, de abundante cabellera negro azulada. El otro, era rubio y enjuto, bastante más joven que su compañero y, evidentemente, también menos experimentado en deambular por los senderos. Su gesto revelaba cierto temor, cierta aprensión.

—¿Crees que sospechará algo? —preguntó este último en un murmullo, haciendo un elocuente ademán con su cabeza, hacia la puerta de arpillera.

Su compañero le hizo una rápida seña de prudencia, y se limitó a murmurar entre dientes, con voz apenas audible:

—Parece un buen hombre. Pero uno no se puede fiar, Yulk. Hay espías y delatores por doquier. Si alguien sospechara lo que somos... jamás llegaríamos a la Ciudad Sagrada. Ni a ninguna otra parte... Sólo nos resta confiar en el Señor y descansar por esta noche. Mañana tendremos una dura jornada, atravesando los yermos del Norte. Son la peor región que nos queda por salvar en nuestro camino.

El llamado Yulk no dijo nada, volviendo a cubrirse con su caperuza y tendiéndose en el heno, con un despreciamiento de fatiga. Poco después, ambos dormían profundamente.

* * *

El fulgor del relámpago hirió con destellos cegadores la coraza bruñida del soldado, y se quebró con un fulgor diamantino en el filo de acero de la poderosa espada...

—Sé que has albergado a alguien en tu casa esta noche —dijo, amenazador con una voz capaz de amortiguar el estruendo del trueno.

—Señor solamente a unos peregrinos que iban a la Ciudad Sagrada..., —murmuró, lívido de terror, el lugareño.

—¿Peregrinos? —frunció el ceño, con gesto terrible, el alto y vigoroso guerrero de casco con cuernos, coraza rígida, enormes muñequeras de acero y unicornio por montura, con escudos de armas en su silla. Muchos traidores y herejes se disfrazan hoy: en día de peregrinos para escapar a la justicia de nuestro señor. ¡Vamos, habla! ¿Qué hiciste con ellos? —Darles cena y vino, señor —musitó, aterrorizado el dueño de la casa—. Eran solamente dos hombres camino de la Ciudad de los Dioses...

—¡Dos hombres! —replicó acremente el guerrero, con un fulgor de cólera en sus, negros ojos—. ¡Exactamente lo que buscamos mis hombres y yo, estúpido! ¡Dos hombres que, sin duda, se disfrazaron de peregrinos para eludir nuestra búsqueda y engañar a los necios como tú! ¡Por Kardok, dios de la guerra, que te cortaré la cabeza si no me dices pronto cuándo se fueron de aquí, y qué camino tomaron!

—Yo... yo... — el hombre, vaciló, sin querer mirar a la arpillera que separaba la casa del cobertizo. Miró sin embargo, al guerrero y a sus huestes. Detrás del gigante de coraza acerada, vio hasta una decena de hombres tan feroces como su jefe, armados todos de

espada, prestos a exterminar a quien se pusiera ante ellos.

Tragó saliva, mientras el cabecilla del grupero blandía su espada, en el aire, como si fuese a decapitarle allí mismo. Angustiado, el hombre tuvo un arranque de valor y decisión. Señaló hacia el norte, resueltamente.

—Fueron hacia los yermos —dijo—. Les di algo de pan y queso para el viaje. Tenían prisa por llegar, aun con este temporal.

—Tenían prisa por huir, que no es lo mismo... —jadeó con voz dura el oficial del grupo de soldados. Clavó su mirada aviesa en el lugareño, que retrocedió dos pasos, aterrado. Una mueca, como una sonrisa de ferocidad, asomó a la boca torcida del guerrero—. Tú y tú hospitalidad, imbécil... Acogiste en tu casa, a dos enemigos de mi señor. ¡A dos enemigos del mundo entero! ¿Sabes quiénes eran tus huéspedes de esta noche, maldito idiota sin cerebro?

—¿Cómo cómo puedo saberlo? —gimió el hombre, demudado—. Dijeron ser peregrinos!.

—¡Eran Guardianes de la Ciencia! ¡Siervos del demonio más temido de todos!

—Guardianes... de la Ciencia... —susurró con terror el dueño de la casa—. Por los dioses... En ese caso, tal vez yo...

Iba a decir que aún podían capturarlos, que los herejes estaban allí, durmiendo en el cobertizo. Pero el soldado cometió un error, llevado por su ira y por su propia ferocidad implacable.

—¡En ese caso, debes pagar con tu miserable vida ignorante!, —aulló con voz poderosa.

Y antes de que nadie, ni siquiera sus propios hombres pudieran preverlo, el guerrero descargó un mandoble tremendo... que hendió en dos el cráneo del infortunado lugareño, en medio de un raudal de sangre y de huesos astillados. El alarido retumbó en la noche tormentosa, como el de un cerdo degollado.

Cayó el cuerpo ensangrentado. Los soldados retrocedieron hacia el exterior. El guerrero limpió su ensangrentada espada en un trozo de arpillera de la pared, indiferente. Miró luego en torno, con malignidad.

—Antes de irnos vamos a tomar cosas de aquí. Alimentos gratuitos, para el viaje de persecución de esos perros... Quizá haya también algo de valor. Estos campesinos acostumbran a ser unos avaros que guardan celosamente sus bienes... Sin duda en alguna

parte habrá monedas de oro... ¡Buscad, vamos!

Y saltó sobre el cadáver del lugareño, dirigiéndose directamente a la puerta de arpillera que comunicaba con el cobertizo...

* * *

—Cielos... —había susurrado Yulk, mortalmente pálido, al vislumbrar a través de la rendija de la arpillera, el asesinato brutal de su anfitrión—. Es monstruoso...

—Calma, Yulk —jadeó entre dientes su compañero, sujetándole—. Nada adelantaremos ya con intervenir. Pero por Dios que lo hubiera hecho, de imaginar algo así. Ahora, vamos pronto de aquí. Esos tipos se dedicarán a registrarlo todo, para su rapiña, creo conocer bien a las mesnadas de estos nuevos feudales sin conciencia... Sus tropas son mercenarias. Soldados sin honor ni conciencia... Vamos, pronto, o nos sorprenderán aquí, acuchillándonos sin piedad, Yulk, amigo...

Tiró de su Compañero. Salieron al exterior, bajo el aguacero rojo. Sus pies chapotearon sobre charcos y regueros que convertían las callejuelas de la aldea en un lodazal. Eran visibles los unicornios de los soldados, atados a un madero, junto a la casa. El más alto y fuerte de los dos peregrinos, señaló esas monturas de cabeza picuda, con el cuerno curvado emergiendo de su frente, entre dos redondos ojos fosforescentes.

—Hay que tomar dos cabalgaduras y confiar en Dios, Yulk —musitó—. De otro modo, nos cazarán inexorablemente.

—Tal vez también de ese modo... —murmuró Yulk, preocupado.

—Sí, tal vez. Pero cuando menos, intentaremos escapar. No tomaremos hacia el Norte esta vez, sino la dirección del sol, hacia el Oeste...

—¿Y... nuestra misión en la Ciudad Sagrada de Ulania?

Estaban ya junto a los unicornios ensillados. Su compañero se volvió para mirarle, al tiempo que se disponía a montar uno de aquellos ligeros y dóciles animales, más resistentes que los viejos caballos, casi extinguidos en el caos del pasado.

—Tendrá que esperar. No podemos seguir ya ese camino, sin ser aprehendidos o muertos, Yulk. Quizá eso deba esperar años o siglos, no sé...

—Pero.. pero no disponemos aún de lo suficiente para el... el Proyecto Adán —jadeó Yulk, ya a caballo—. Sólo con lo que

llevamos... nunca se conseguirá la perfección buscada, y tú lo sabes. Esa Piedra Negra de Ulania es el único mineral radiactivo que queda ya en el mundo... ¡y necesitamos radiactividad, Gork! —De nada nos serviría esa radiactividad, una vez muertos los dos —le recordó Gork con énfasis.

Luego, emprendieron veloz carrera en sus unicornios, hundiéndose en la lluvia y en la noche oscura. A sus espaldas, sonó un grito agudo:

—¡Alarma! ¡Unos extraños han robado dos cabalgaduras! ¡Deben ser los falsos peregrinos!...

Momentos después, temblaba la tierra con el sordo chapoteo de los animales lanzados en su persecución. Yulk y Gork, los dos falsos peregrinos, se miraron, sin dejar de galopar a lomos de los unicornios robados.

—Si sucede lo peor, Yulk, sigue tú a todo galope —avisó. Gork roncamente—. Yo me quedaré atrás, cubriendo tu retirada, un cierto tiempo, que espero sea suficiente....., . .

—¡Pero eso significaría morir en sus manos, Gork! —jadeó el más joven de los viajeros.

—Morir importa poco, cuando el Proyecto. Adán está en juego —fue la respuesta—. Vamos, no discutas. Es una orden. Tú llevas cuanto hemos podido obtener hasta ahora. Regresa con los demás, si yo no salgo de ésta. No te detengas por nada ni por nadie, y menos se te ocurra regresar atrás. Siempre adelante, Yulk, o todo se echaría a perder. Alcanza el Refugio... y entrégales lo que obtuvimos. Diles que habrá que intentarlo sin la Piedra Negra de la plataforma de los dioses, en Ulania. Tal vez tal vez algún día, alguien pueda ir a esa ciudad pagana, de falsos dioses, para poseer la negra piedra y completar así nuestra obra. Pero por el momento, es totalmente imposible, Yulk. Jura que cumplirás al pie de la letra cuanto te dije.

—Gork, amigo, yo...

—. ¡Jura! —rugió su compañero de viaje.

—Está bien... Juro cumplir cuanto me has dicho. Si me quedo solo y con vida... volveré al Refugio para que se inicie el Proyecto Adán. Lo juro, Gork, amigo.

—Es suficiente —su compañero giró la cabeza, inquieto—. :Se aproximan peligrosamente. Nos darían caza en menos de una hora. .

Son consumados jinetes. Sigue a todo galope. No te detengas un solo instante. Yo me quedaré atrás y eso significa que ganarás tiempo. Espero que el suficiente para salvarte y salvar lo que está en juego.

Sacó de entre sus ropas de burda tela un objeto desusado, que nadie en los nuevos tiempos hubiera reconocido. Era un largo tubo metálico, provisto de una empuñadura curva en un extremo, y de un orificio amplio en el otro, con una especie de afilado saliente para tomar puntería. Un resorte rojo, al ser presionado, vomitó por el cilindro de metal una violenta llamarada roja contra las huestes guerreras.

Hubo relinchos de unicornios, caída de animales, y el grito de agonía de un hombre. Se mezcló todo eso con juramentos e imprecaciones soeces, de sorpresa y de terror.

—¡Parapetaos! —aulló la voz del guerrero—. ¡Esos demonios Llevan armas del propio infierno, como todos sus malditos hermanos de raza!... ¡Usad arcos y flechas contra ellos!

Volvió a disparar su extraña arma Gork, mientras Yulk se alejaba en la noche, y él y su montura se fundían en la oscuridad, más allá de la lluvia. Su compañero sonrió fríamente, en tanto ardían unos arbustos, y un unicornio del enemigo coceaba, con su silla de montar envuelta en llamas.

Una lluvia de flechas cayó pronto sobre el lugar donde él se había parapetado, como respuesta de los enemigos. Gork esperó sabiendo que su arma tenía un número limitado de disparos, y que el enemigo era diez veces superior, a él en número. Aprovecharía al máximo sus cargas explosivas. No por defender su vida, sino por cubrir durante más tiempo a Yulk en su huida.

Para sí mismo, sabía ya que no había otro destino que aquel que él mismo eligiera: la muerte.

Pero tenía fe en que iba a servir de algo. Y entonces, si con su sacrificio lograba que algo llegara a tener éxito, daría por bien empleada su vida.

Ese algo, era el Proyecto Adán, allá en el Refugio de la Ciencia...

Capítulo II

LA NAVE DE LA CIENCIA

—**EL** Proyecto Adán... Dios nos ayude. Ahora, ya todo depende de El...

Kullman elevó sus ojos a un cielo que no le era posible ver desde allí, pero que intuía más allá de la bóveda bajo la que se encontraban ahora reunidos, en torno, a la mesa sobre la que reposaba el bulto tapado por las pieles de animal salvaje.

Era un gesto instintivo, que otros hombres efectuaban al rogar algo a los dioses. Pero había algo diferente en Kullman. Se había dirigido a un solo Dios, y con un tono más esperanzado que fervoroso, más resignado que reverente. No habla fanatismo en su voz ni en su mirada.

Desde el otro lado de la sala, le contempló Igow con gesto ensombrecido. Su cabeza noble, canosa, altiva se movió de un lado a otro con cierto aire dubitativo, vacilante, poco seguro.

—Sabes que no disponemos de todo lo imprescindible, Kullman —habló con voz grave, profunda—. El experimento puede ser un fracaso absoluto.

—Lo sé. Por eso confío solamente en Dios, Igow.

—No estamos aquí para pedir milagros al Creador sino para tratar de hacerlos nosotros mismos, por medios naturales y científicos. Sin nuestra Ciencia, Kullman, nada de esto sería posible, ni tan siquiera probable.

—A Yulk debemos cuanto se ha conseguido hasta ahora —señaló Kullman, volviéndose al rubio y delgado joven que, ya sin estameñas ni caperuza de peregrino, asistía en silencio a la reunión muy fijos sus claros ojos en el bulto de la mesa.

Negó al escuchar aquellas palabras, y tuvo un asomo de triste,

sonrisa cuando objetó con voz cansada:

—Yo diría que fue Gork quien dio todo cuanto él era y cuanto poseía, sólo por intentar que yo estuviera de vuelta aquí alguna vez... Su sacrificio me permitió escapar de la soldadesca del Señor de Zeikal con vida. Y, por supuesto, su sangre se derramó bajo el ataque de aquellos bárbaros sin conciencia, sólo a cambio de que el Proyecto siguiera adelante... aun sin la Piedra Negra de Ulania.

Y el Proyecto ha seguido—afirmó Igow con orgullo—. Quizá esa piedra sea más importante de lo que imaginaba Gork, y su sacrificio haya, resultado estéril, al no disponer de ella. Hemos reactivado los circuitos por medio, de la energía de que disponemos, pero no creo que sea suficiente para conseguir un resultado óptimo, Esa piedra, en cambio, irradia energía radiactiva en dosis gigantescas. Era lo que necesitábamos pero... hay que resignarse con lo que tenemos. Quizá Kullman tuvo razón antes, cuando encomendó el posible éxito de la experiencia a Dios. Sin una ayuda providencial, me temo que nunca lleguemos a nada positivo.

—Pero entonces... —Yulk, el falso ermitaño perdido aquella noche tormentosa en los campos agrestes y sórdidos de Zeikal, la tierra maldita dominada por el feudalismo de su amo y señor, el Gran Duque, avanzó, sin desviar sus ojos de la forma tendida bajo las pieles—. Entonces todo hubiera sido inútil. Y todos nuestros esfuerzos por... por darle vida... serían un fracaso total... Jamás se vería cumplido el Proyecto Adán, nuestra última esperanza de dar al mundo un futuro, quizá una posibilidad, por remota que sea, de que la Humanidad salga de su oscuridad atávica, de su terror y de su ignorancia de siglos...

Kullman e Igow giraron la cabeza, mirando al joven Yulk. Hubo una expresión de frialdad y pesimismo en el noble rostro del arrogante Igow. Y una mueca, quizá una sonrisa de aliento y a la vez de duda, en la boca carnosa y enérgica de Kullman, el científico, conocido entre los Guardianes de la Ciencia como El Sabio Número Uno de los escasos supervivientes conocedores de los secretos de la ya perdida ciencia y del saber humanos.

—Eres joven. Joven e impulsivo, Yulk —sentenció Kullman—. Los años te enseñarán a ser menos iluso, mucho más receloso y escéptico con las cosas. No tengas demasiada confianza jamás en *él* triunfo. No te dejes dominar por una fe ciega, tan mala como la

desesperanza misma. Entre nosotros, lo importante es saber esperar. Aguardar pacientemente a que las cosas se cumplan o no se cumplan. Pero trabajando con serenidad. Sin esperar milagros. Sin confiar en que lo que no sea posible por medios científicos, pueda obtenerse de otro modo.

—Sí, entiendo —humildemente, Yulk bajó la cabeza—. Lo entiendo muy bien. Perdón por mi impaciencia. Tal vez no asimilé demasiado bien las enseñanzas de mis hermanos mayores...

—Resulta difícil asimilarlo todo —suspiró Igow con dulzura—. Disponemos de poco tiempo, de escasos libros, de casi nulos recursos, de medios rudimentarios, muy alejados de lo que nuestros antecesores tuvieron para llevar a cabo sus experiencias... No te culpes, muchacho. No es cosa tuya. Es un defecto de todos nosotros, en esta lucha contra el tiempo, contra nuestras propias debilidades y contra las limitaciones de nuestros medios.

—Aun así, el Proyecto Adán ha seguido adelante —siguió Kullman gravemente—. Estamos a punto de saber sus resultados. Llamad a Nuvla. Ella tiene más derecho que nadie a estar presente cuando esas pieles se quiten de ahí encima y sepamos la respuesta. Ella ha sido el alma de todo el experimento...

Yulk asintió, saliendo de la cámara de oscuras paredes de madera, y cerrando suavemente la puerta que apareciera tras el cortinaje rojo oscuro.

Los dos hombres se quedaron solos, esperando. Hablaron entre sí brevemente. Kullman consultó unos volúmenes de una estantería. Igow abrió un panel de la pared, y se dedicó a examinar algo que sólo para él era visible, en el interior del muro.

La espera fue breve. Momentos más tarde, Yulk regresaba con Nuvla. Sabio Femenino de la hermandad de científicos secretos. Ella les contempló, anhelante. Luego, miró inevitablemente hacia la mesa cubierta de: pieles bajo las cuales reposaba algo... o alguien, en completa inmovilidad.

—¿Ya? —preguntó con voz tensa.

—Vamos a hacer la: prueba —murmuró Kullman—. Queríamos que estuvieras presente.

—Será un gran honor. Especialmente, si todo sale bien...

—Es demasiado esperar, Nuvla —musitó Igow—. Pero sea como sea, merecías estar aquí en éstos momentos. Voy a forzar el

regenerador de energías. Luego veremos.

Se hizo un silencio. Comenzó la labor. Un zumbido profundo se extendió por la cámara, al presionar Igow algo en el panel abierto en el muro...

Hubo una vibración bajo las pieles. Un cuerpo se movió ligeramente. Kullman tomó de una mesa una serie de cables terminados en discos o placas adherentes, que manipuló con precisión bajo aquellas pieles, hasta incorporarse, con gesto satisfecho.

El zumbido se intensificó a partir de entonces, invadiendo la estancia, como si un gigantesco insecto deambulara entre ellos, completamente invisible. De la mesa brotaron fulgores azules, intermitentes.

Se miraron entre sí los cuatro personajes. Igow y Kullman parecían centrar todo su interés en cuanto sucedía sobre aquella mesa de recia madera, más apropiada para, una cantina que para un lugar donde se realizarán trabajos científicos. Pero los tiempos exigían muchos sacrificios y dificultades. No todos los recursos precisos estaban al alcance de aquellos hombres que luchaban por sobrevivir junto con sus conocimientos, perseguidos por gobernantes y pueblos. .

Yulk y Nuvla se mostraban tan tensos y preocupados como los otros. Los ojos de la mujer, ojos claros y profundos, de triste mirada, no se desviaban ahora del lugar donde, al parecer, era esperado un auténtico prodigio.

Igow miró al interior del panel, donde una luminosidad fosforescente señalaba la presencia de algo que hubiera horrorizado a las masas ignorantes de la época, haciéndoles pensar en supersticiones y terrores diabólicos.

Y, sin embargo, era solamente un esfera luminosa, cifrada, en la cual se movían dos agujas de diferente color, marcando cifras distintas. Las agujas vibraban desigualmente, como sí le resultara difícil al mecanismo acusar determinados índices de actividad.

Finalmente, una de las agujas comenzó a subir en la graduación circular: cero, uno, dos, tres, cuatro, cinco. .

Fue una subida gradual pero rápida. Igow se volvió, excitado, hacia sus compañeros. Su voz sonó temblorosa:

—Creo creo que *lo estamos logrando...*

—¡Dios sea loado! —susurró Kullman, palideciendo. Dio unos pasos hacia su amigo—. ¿Es eso cierto?

—La aguja sube... Está a seis..., ya sube a siete... ¡Siete es el índice actual de vitalidad en el cerebro de nuestro hombre! Y cinco... cinco el de su actividad cardíaca...

—Eso significa... significa que VIVE... —murmuró Kullman, enjugándose el sudor de su frente con un manotazo.

—Sí, creo que vive y el índice vital sigue subiendo... Ya son ocho y seis... ¡Un momento! El índice mental sube aún más... Nueve... ¡diez! ¡Ha alcanzado el tope de diez, y oscila como si pretendiera subir más aún!

—¡Pronto, los interruptores! —jadeó Kullman, nervioso—. ¡Puede ser un desastre!

Hubo un centelleo azul más violento, bajo las pieles. Rápido, Igow presionó un botón. Cesó el zumbido. Se extinguió el parpadeo de luz azul. Hubo un silencio repentino. Las agujas no se movieron en su esfera graduada

—Dios mío... —habló con voz ronca Nuvla, acercándose a la mesa—. ¿Es posible, es posible que su cerebro haya estallado?

—No me sorprendería —jadeó Kullman, nervioso, mortalmente pálido—. Es una presión excesiva. Algo funcionó mal... No hay mente humana capaz de alcanzar tan alta cota de actividad, desgraciadamente, y...

—Esto me recuerda una antiquísima historia de otros tiempos, cuando la Humanidad era algo sobre la superficie del mundo —susurró Igow tristemente—. Un mito llamado Frankenstein... El moderno Prometeo... Intentaron crear un superhombre, hermoso y sensible... Lo que surgió de su experimento fue solamente... un monstruo.

—No puede haber sucedido igual —se lamentó Yulk—. Todo estaba medido...

—La Ciencia mide las cosas, hijo —sentenció Kullman—. Y el ser humano las rompe con sus propias limitaciones. Queríamos crear sólo UN HOMBRE, no un superhombre. Ahora, ni siquiera creo que hayamos creado nada digno de tal nombre...

Y bruscamente, casi con ira, dio un manotazo violento, apartando todas las pieles de animal que cubrían el cuerpo tendido en la mesa de tosca madera.

El cuerpo gigantesco quedó visible. Como una estatua prodigiosa, pletórica de músculos, tendones, fibra y nervio, bajo una epidermis bronceada. Yacía boca arriba, con sus ojos cerrados, las placas o discos adheridos a sus sienes, cuello, occipital, corazón y muñecas.

Todos contemplaron aquel prodigio anatómico, aquella estatua de carne y hueso como si fuese un auténtico dios en quien ellos confiaran secretamente un milagro imposible. Kullman se dispuso a quitar los electrodos de su piel, con desgana, con el aire y el gesto del fracaso en su rostro, con la derrota en su alma de científico...

Entonces abrió los ojos el ser tendido en la mesa. Le contempló fijamente. Y sus labios se movieron débilmente.

Pero sus palabras fueron audibles perfectamente por todos los presentes en el lugar. Con infinito estupor, captaron aquellos sonidos tranquilos, fríos y serenos:

—¿Qué significa todo esto? ¿Es que han tenido éxito? ¿Lo han logrado, tal vez?

* * *

La embarcación flotaba apaciblemente en las negras aguas. Sus rojas velas desplegadas y el distintivo de su pabellón, a franjas rojas y amarillas, anunciaban el carácter puramente comerciante del navío, su condición de mercaderes de los mares hediondos del piar neta.

Estaba empezando a amanecer por oriente. Era un amanecer turbio y hosco, como todos los que el mundo conocía desde hacía siglos. Un amanecer entre brumas rojizas, lívido fulgor solar tras los grises nubarrones que velaban los cielos tras el holocausto final, y su siniestro reverbero en las aguas oscuras, sórdidas, salpicadas de fauna marina sin vida o de nuevas y mulantes especies de horribles monstruos abisales, criaturas del horror nuclear, engendros en mutación escalofriante, bajo las radiaciones de un mundo venenoso.

Kullman contempló esa aurora con tristeza, cruzado de brazos en el castillo de proa. Muy despacio, habló como si lo hiciera consigo mismo, respondiendo a una pregunta hecha ya mucho antes:

—Sí, amigo mío. Tuvimos éxito. Lo logramos... aunque nunca tuve verdadera fe en ello. Ahora... ahora me pregunto si todo esto será posible...

A sus espaldas, hubo un leve crujido bajo las lonas rojas, flácidas al viento, ante la calma chicha que se respiraba en el caluroso tropical. Una sombra gigantesca se irguió, tomó forma junto a él. Unas manos que parecían poseer tendones de acero y músculos de granito bajo la piel metálica, se apoyaron en la barandilla de la cubierta. Unos ojos color de acero se perdieron en la distancia.

—Parece que ha sido posible —dijo con lentitud la voz profunda, metálica, vibrante y de ricos matices—. Existo, ¿no es cierto? He vuelto de la Muerte... Soy, quizá, el primer hombre que regresa de entre los muertos, Kullman. Y todo, gracias a vuestra Ciencia...

—No te felicites todavía. Hubo un tiempo en que el hombre bendijo a la Ciencia, porque juzgó que era su bienhechora, su dios y su credo. De repente, la maldijo con todas sus fuerzas, porque se convirtió para él en el demonio de la muerte y la desolación. Pero yo me he preguntado siempre de quién fue la culpa, si de la Ciencia o del hombre...?

Hubo un silencio entre ambos hombres. El gigante asomó su rostro hermético, como tallado en mármol, a la claridad lívida del amanecer. Sus cabellos, abundantes y muy rubios, eran como una cascada de oro hilado, sobre los hombros desnudos, bronceados.

—Es una pregunta que, tal vez, jamás tenga respuesta, Kullman —fue la opinión del gigantesco resucitado—. Dejemos que la historia siga su curso y no, tratemos de reparar lo irremediable. Las cosas que sucedieron, ya nadie puede arreglarlas. Quizá ni siquiera entenderlas. Lo que yo me pregunto es, ¿por qué todo, esto? ¿Por qué yo?

—¿Tú?—Kullman sé volvió. Miró fijamente al hombre erguido junto a él, que casi le llevaba cuello y cabeza, pese a la gran estatura del científico—. ¿Te preguntas por qué te elegimos a ti para este experimento? Te lo diré, Zorak. Te contaré en breves palabras por qué un guerrero arcario, un simple luchador que no entiende sino de armas y combates, de soldadas: y de botines, fue escogido para ese papel. Te lo contaré y espero que ahora, tu cerebro sí lo entienda. Lo que antes hubiera sido para ti oscuro e inexplicable como un lenguaje desconocido, ahora tiene qué resultar claro y preciso, si realmente hemos conseguido lo que nos

proponíamos: añadir... a un cuerpo poderoso y magnífico, un cerebro superior... en el que todos los recuerdos del mundo están ahora almacenados.

* * *

La bestia mutante fue puesta en libertad.

Se alzó, la reja de poderosos barrotes que retenía cautivo al horrible animal, mitad pulpo, mitad cangrejo. Bajo el caparazón enorme, verdoso, como recubierto de musgo, los tentáculos se agitaban, voraces. Tenía hambre. Hambre y odio. Las criaturas mutantes de las playas solitarias de las Islas Malditas odiaban el cautiverio Y odiaban a los seres humanos. Eso, unido a su voraz e insaciable apetito, hacía del octópodo-crustáceo un enemigo terriblemente peligroso. Zorak lo vio salir de su jaula sin pestañear. Observó la baba hedionda que despedían aquellos tentáculos, y sobre la cual se adherían las ventosas de éstos, para proporcionar a la bestia su fuerza retráctil, que la proyectaba adelante, en temibles saltos.

Nuvla gritó con voz ronca, entre dientes, ante la escena aterradora que se les ofrecía en medio de la cubierta del *Tritón*, el navío mercante de rojas velas, El monstruo se precipitó sobre el luchador humano que esperaba a pie firme, con la sola ayuda de su espada, tan gigantesca como él mismo.

El mutante marino emitió un sonido sibilante, excitado, apenas descubrió la presencia de la presa codiciada. Sus tentáculos se enroscaron, y segregaron un humor, más espeso todavía, como si su apetito produjese esa destilación de humores viscosos.

Luego, inesperadamente, saltó sobre Zorak, el guerrero, como una catapulta. Hubo un movimiento de instintivo terror en los presentes.

Pero cuando sus tentáculos iban a aferrar el cuerpo musculoso de Zorak, éste eludió el contacto, con una finta vertiginosa, y a su vez descargó por dos veces la espada sobre, los tentáculos.

Un chirrido agrio brotó bajo la caparazón del animal, al saltar, dos pedazos de sendos tentáculos, limpiamente cortados por el filo, del arma de Zorak. Un líquido espeso y negruzco corrió por cubierta, desde sus segados muñones.

Zorak no perdía de vista al animal, que le era absolutamente desconocido, puesto que jamás deambuló por los mares, ni visitó

las Islas Malditas. Su piel brillaba ahora ligeramente, por la transpiración, y sus ojos acerados recorrían a la bestia minuciosamente, en tanto, su mano aferraba con fuerza el pomo de su espadón. . :

Interiormente, se preguntaba la razón de aquel encuentro feroz contra un animal capaz de aniquilarle, en presencia de sus propios benefactores, los científicos del *Tritón*. Pero se le había señalado que ésta era una de sus experiencias primordiales, y la había aceptado sin vacilar. Aun a riesgo de perder su vida en la batalla.

Nuevamente le atacó el animal, y esta vez logró cerrar dos tentáculos sobre sus piernas, al tiempo que otros dos buscaban su garganta para enroscarse a ella mortalmente. Muy ágil y diestro, Zorak eludió esa presión, aunque no pudo evitar la de sus piernas, y dos huevos tentáculos saltaron limpiamente hendidos por su espada. La furia y el dolor del mutante obligaron a éste a sentirse más cruel y desesperado que nunca.

Y aunque Zorak cortó otro tentáculo de los que aferraban sus muslos, liberándose del otro con un salto, elástico de costado, el mutante, sobre sus tres tentáculos ilesos, brincó en una forma nueva, imprevisible para Zorak... ¡y de debajo de su caperuza durísima, como una lengua de víbora, brotó una aguda pinza que hirió su mano!

Lo peor no fue el corte en su piel y la sangre que hizo brotar, sino que aquella pinza de crustáceo gigante, al herirle, proyectó a su cuerpo un calambre virulento, algo que en otros tiempos se hubiera descrito como descarga eléctrica, y que logró arrebatar de los dedos de Zorak su espada bañada en sangre negruzca.

Se vio desarmado, con mano y brazo sacudidos aún por aquel hormigueo, doloroso... ¡y con la pinza terrorífica, del monstruo apuntando ahora a su rostro, a su cuello, mientras el animal saltaba en mortífero ataque hacia él.

El hermético rostro de Kullman no reveló emoción alguna cuando, desde el puente de mando de la nave, junto a Igow, siguió la peripecia dramática de aquel duelo extraño e increíble, entre un ser humano y una criatura alucinante, de la nueva fauna marítima...

Zorak, el gigantesco guerrero, hubiera muerto sin remedio, atravesado su cuello o su cráneo por aquella durísima pinza dotada de fuerza eléctrica como la de algunos viejos animales marinos de

otros tiempos, de no mediar en ese crucial instante su inteligencia... y sus propios conocimientos sobre cosas que jamás viera ni conociera.

Con una rapidez de reflejos realmente increíble, Zorak eludió el primer picotazo mortal de aquellas pinzas articuladas que, rápidamente, giraron sobre sí mismas, buscando sus ojos para triturarlos, dejándole ciego

El guerrero pudo haber estirado el brazo y recuperado su espada. Sin embargo, no lo hizo. En vez de ello, sus dedos volaron materialmente, en décimas de segundo, hacia un soporte situado en los límites de la improvisada arena de lucha a muerte, donde, entre diversas herramientas y objetos, aparecía un tubo cilíndrico, rematado por una empuñadura curva, de metal negro, y un botón rojo como resorte de acción.

Esgrimir el arma, y oprimir el botón rojo: mientras encañonaba al monstruo mutante, fue todo uno. El destelló cegador, de un rojo violento, brotó como un alud de fuego, sibilante y poderoso. Estalló sobre el caparazón del animal marino, resquebrajando y volatizando su costra durísima como si fuese una frágil cascara de algún gigantesco huevo de un nuevo tiempo prediluviano. La pinza mortal saltó hecha añicos, entre un estallido de negruzca sangre babosa y fragmentos de tentáculos reptantes...

En un escaso segundo, la victoria se había producido. El mutante estaba muerto, aniquilado sobre cubierta. Zorak, el guerrero triunfador, jadeaba, contemplando sus restos con indiferencia, curiosa su expresión al fijar los ojos en el arma humeante que aún sostenía en sus dedos y que, en otro tiempo, le hubiera provocado un ciego terror supersticioso, como si del un artilugio de los infiernos se tratase...

—Un arma de fuego —murmuró—. Es un lanza cargas térmico... Lo sabía. Esta arma podía destruir al mutante de las Islas Malditas...

Su mirada se clavó, algo huraña, como con reproche, en Kullman. Este sonrió, enjugándose el sudor del rostro y mostrando algo que hasta entonces mantuviera oculto entre los pliegues de su túnica oscura un arma idéntica a la utilizada por Zorak.

—Me impediste acabar con el monstruo —dijo—.

Estaba pendiente, por si era preciso ayudarte. Pero estaba seguro de que no. Estaba convencido de, que tu cerebro *recordaría*...

Recordaría algo que jamás vio, de lo que está alejado siglos enteros en el tiempo...

—Sí, lo recuerdo —asintió lentamente Zorak—. Ahora entiendo el experimento, Kullman. Era preciso saber a ciencia cierta si mi cerebro de guerrero arcario se habría adaptado a la prueba y tendría conocimientos suficientes para salir airoso de un trance así...

—Es una pequeña prueba, lo admito. Pero tú, que nunca conociste al mundo civilizado que se perdió en el olvido, Zorak.. has obrado ahora como lo hubiera hecho uno de nuestros antepasados, un hombre anterior al gran caos... Sí, Zorak, es sólo el principio, pero ha valido la pena. Ha valido la pena...

Capítulo III

FESTEJO SANGRIENTO

—**AL** principio, pensé que Kullman se había vuelto loco y dejaba a Zorak a merced de esa bestia repugnante... —se estremeció Nuvla, mirando con inquietud los residuos del monstruo, que estaban siendo limpiados de la cubierta de aquel mercante llamado *Tritón*, auténtico refugio secreto de Los Guardianes de la Ciencia. Un barco que, en realidad, no necesitaba de las velas en absoluto, ya que una desconocida y misteriosa energía que nadie de su tiempo hubiera sospechado, movía ocultos y silenciosos motores situados en su casco, para desplazarse sobre los siniestros océanos de la Tierra, siempre eludiendo el posible acoso de los enemigos, de la Sabiduría y el Conocimiento.

—Yo también tuve miedo —confesó la otra mujer que acompañaba a la rubia y pensativa Nuvla, con gesto ensombrecido. Se pasó una mano bronceada, fuerte pero femenina, por sus negros cabellos de reflejo casi azulado, antes de que sus relampagueantes ojos de azabache se fijaran penetrantes en el rostro de Nuvla. Luego, preguntó con recelo—: Ahora... ¿qué va a ser de Zorak, el guerrero? Le he visto cambiado... Muy cambiado. Esa arma que usó contra el monstruo... Era algo terrible. Como obra del propio demonio.

—No la ha creado ningún demonio, sino el hombre mismo. Y es necesaria para luchar, cuando el enemigo es más fuerte —suspiró Nuvla, la Mujer Científico—. En cuanto a Zorak, ¿por qué ha de ocurrirle nada? Tú eres su hembra, su compañera. El sólo pidió que siguieras a su lado, ocurriera lo que ocurriera, cuando Kullman lo recogió moribundo, en el campo de batalla de Clepsios, entre tantos muertos de uno y otro bando... Y hemos cumplido ese deseo de tu

hombre. Nada has de temer por ti. Y menos aún por Zorak...

—No estoy segura de eso —musitó Yalia, la mujer guerrero, irguiendo su poderoso torso con aire fiero, hinchados sus pechos gigantescos bajo las copas de acero de su coraza femenina, ceñida al busto—. El era sólo un guerrero. Ignorante y rudo, como todos nosotros. No sabía nada de nada, ni le hacía falta. Luchaba por quien le, pagaba, eso era todo. Me amaba. Y yo a él. Ahora, un mundo de sabiduría, de conocimientos extraños, de rara magia, nos va a separar a ambos, estoy segura.

—Nada puede separaros, si él te ama realmente, como dice y como piensa —sonrió Nuvla apaciblemente, poniendo su mano suave, delgada y sensitiva, sobre el brazo musculoso y bien torneado de la hembra guerrera de lujuriosa expresión y sensuales labios carnosos—. Nos entregaste un moribundo que ya era virtualmente cadáver cuando Kullman lo tomó en su carruaje y le aplicó nuestra medicina secreta. Salvó su vida. Ahora te lo devuelve lleno vida, sin heridas, sin cicatrices apenas y con un poder nuevo, maravilloso y desconocido: el poder de la mente, de un cerebro sensible, inteligente, capaz de conocer y de recordar TODOS los conocimientos del Hombre, antes del holocausto que convirtió el mundo en un infierno de tinieblas, ignorancia y terror, de miseria, hambre y guerras estúpidas.

—¡Yo lo quería como era! —protestó Yalia, la mujer guerrera de Híerades, la tierra de las Amazonas—. No necesita ser tan inteligente y sabio para ser fuerte, cariñoso y noble, valiente y esforzado... apasionado y generoso, mujer sabia...

—Si lo quisieras como realmente era al encontrarnos nosotros en Clepsios, ahora tendrías sólo su cadáver para llorarle y darle sepultura, Yalia querida—sonrió dulcemente Nuvla—. Hazme caso vas a tener a un Zorak como antes pero infinitamente mejor y más grande. Tú lo verás.

—No sé... Tal vez fue una locura daros su cuerpo, aunque agonizase...

—Era necesario un hombre noble, fuerte, joven, vigoroso, luchador. Con inteligencia natural, con instinto agudo, con honradez. Todo eso se daba en Zorak. Sabemos que luchaba por unos idéales y por una soldada de mercenario, con las huestes de Clepsios, contra las hordas poderosas del Gran Duque Worsov, señor

de Zeikal y de las Tierras del Norte, y aliado del también poderoso Rey Doria, de Ulania, la Ciudad Sagrada. Luchaba por defender a sus hermanos clepsios contra la tiranía. Eso es hermoso y le honra. Los Guardianes de la Ciencia buscaban a su hombre. Y lo encontraron. El más poderoso cuerpo humano existente posee ahora el mejor cerebro del mundo. Y el más amplio archivo de conocimientos humanos para el futuro.

—¿Y qué me importa eso a mí? ¿Qué podía importarle a Zorak o al mundo? —gritó Yalia con fiera—. ¿No era bastante que vosotros, los Guardianes de la Ciencia lo conservarais con vosotros, como una maldita herencia del pasado?

—No, Yalia. No era suficiente —dijo con amargura Nuvla—. Porque Kullman, Igow, Yulk yo misma todos cuantos has visto y conocido a bordo de este barco... estamos condenados a morir en breve plazo...

—¿Morir? ¿*Todos* vosotros? ¿Por qué? —se asombró Yalia, desconfiada.

—Es largo de explicar —suspiró Nuvla—. Se trata de un mal adquirido por el contacto constante con determinadas sustancias químicas que manipulamos en nuestro trabajo... Era necesario correr el riesgo. E incluso morir. Pero si desaparecemos todos, ¿quién quedaría como heredero de todo el saber de la Tierra en viejos tiempos? Nadie Yalia, nadie en absoluto...

—¿Y qué puede importar eso a nadie? —se quejó la mujer guerrero—. El mundo estará mejor así... que como fue antes de destruirse a sí mismo.

—No, Yalia. No es posible. Hay algo por hacer aún. Nosotros ya no podríamos llegar a eso. Zorak lo hará, estoy segura. Para ello, debe seguir luchando. Luchando contra Worsov, contra el Rey Doria, contra todo lo que signifique tiranía, oscurantismo, feudalismo cruel, ignorancia, hambre y miseria. Luego... luego llegará su momento supremo, lo sé... Y tú deberás estar á su lado, Yalia, si, realmente le amas como dices...

Yalia permaneció callada, ceñuda. Sus ojos negros fulguraban fieramente, sumidad en un mar de dudas, de ancestrales y primeras vacilaciones. Su cuerpo de hembra magnífica, exuberante y soberbia, de luchadora titánica cuando era preciso, se encogió, mientras parecía reflexionar sobre todo eso, nada convencida por

cierto...

* * *

El hacha gigantesca cayó sobre el cuello del infortunado.

La cabeza rodó a un cesto, desde el ancho tronco situado en el patíbulo. Fue como una pelota viva, golpeando sordamente las tablas, entre alaridos de entusiasmo de la multitud situada en tomo al entarimado trágico, bañado ya en un ancho reguero de sangre que iba marcando la ruta de las cabezas humanas.

Imperturbable, el encapuchado verdugo se apoyó sobre el largo y recio mango de su hacha ejecutora, esperando una nueva víctima. El ancho, curvo filo de acero, goteaba copiosamente un charco carmesí, en las tablas.

La plaza principal de Hydra, capital del ducado de Zeikal, hervía de gentes ávidas de presenciar las ejecuciones. Hasta el mercado quedaba clausurado ese día, cambiando los frutos, las telas y los adornos femeninos de fácil mercadería, por la morbosa curiosidad y pasión que el olor a sangre caliente, recién derramada, producía en las gentes violentas del ducado del tiránico, señor Worsov.

Al pie del cadalso, todavía aguardaban hileras de encadenados, lívidos y demudados, espectros en el umbral de la muerte, resignados a su suerte, muchos de ellos tras largo cautiverio o espantosas torturas en las mazmorras de la Fortaleza Sombría. Escoltándoles desde los carros que los conducían desde su encierro, vigorosos guerreros, hombres de la temida Legión Negra del capitán Kahn, los mercenarios, más sanguinarios al servicio del Gran Duque...

Eran cautivos. Prisioneros de tierras limítrofes del ducado de Zeikal. O pobres gentes que se negaron a satisfacer impuestos o a ceder a los caprichos, de su señor feudal. Conspiradores, enemigos políticos del Gran Duque, desertores horrorizados por las matanzas sobre pueblos y aldeas, de las masacres horribles de seres inocentes... Toda esa clase de personas eran condenadas. Y ejecutadas inmediatamente en la plaza pública. Era la ley.

La ley del más poderoso señor de Zeika: el Gran Duque Worsov...

El. Gran. Duque. Alto, altísimo. Como, un gigante. Pero increíblemente flaco, como un arbusto reseco y desnudo. Cráneo rapado, larga barba negra, lacia y escasa, muy rala. Ojos estrechos, hundidos. Negro ropaje. Un halcón vendado de ojos sobre su

hombro. Siempre con la caperuza de cuero sobre la cabeza. Los hombros del Gran Duque, iban reforzados en gruesa piel para eludir las garras hirientes del ave de presa.

Comía uvas golosamente, tendido sobre los muslos desnudos de una de sus favoritas, allá en el palco de honor de la plaza, asistente fiel a sus ejecuciones colectivas, auténtico festejo para él y sus leales.

Le rodeaban media docena de chicas. Y jarras y copas de plata u oro, con piedras preciosas, para el vino generoso, que corría de boca en boca, rojo como la sangre que corría allá abajo, a cada golpe de hacha sobre la nuca de un desgraciado...

Ellas reían, voluptuosamente tendidas, envueltas en sus gasas suaves, translúcidas, que apenas disimulaban sus formas espléndidas y generosas. Un deforme bufón contaba bromas sin gracia, bailoteando de sitio en sitio, y procurando acariciar las curvas de las favoritas disimuladamente, con cada zalamería suya, dirigida al Gran Duque.

Un nuevo clamor acogió abajo la caída sorda de otra cabeza humana, de cabellos canosos y despeinados, de rostro macilento y triste, a la espantosa cesta recolectora.

—Bravo... —rió entre dientes Worsov, engullendo una uva y besando luego los labios de su favorita—. Hermoso espectáculo hoy. Y aún quedan al menos un centenar... Haremos un alto. Para que el verdugo tome algo fresco y se lave las manos. Hay, tanta sangre...

Las risas de sus favoritas corearon su burla. El bufón bailoteó, risueño, soltando carcajadas grotescas. Acarició a dos de las chicas maliciosamente. Iba a contar otro chiste, posiblemente tan torpe como los otros, cuando el Gran Duque, sin apenas mirar, sin girar su cabeza salvo lo imprescindible, movió el brazo. De su ancha manga negra, escapó, una centelleante hoja de acero. Se movió como una serpiente azul hacia el bufón. Se hincó en su garganta, ahogando, su risa en sangre. El feo y deforme bufón desorbitó sus ojos, horrorizado. Miró al Gran Duque, sin comprender bien todavía, con la daga hincada en su cuello, atravesándole éste limpiamente de lado a lado. Jadeó, vomitando sangre. Y cayó sin vida, sobre los muslos de otra favorita, que gritó agudamente, apartando de sí aquella figura repulsiva, todavía más afeada por la muerte súbita y terrible. .

—El muy cerdo... —silabeó Worsov fríamente, con templándole con indiferencia, en tanto tomaba otro grano de uva con indolencia—. No sé por qué ensucié mi daga con su cochina sangre... Pero tenía que acabar con sus sucios modales. Además... no tenía, gracia. ¡Llévalo de aquí, pronto! .

Cargaron dos soldados con el muerto. Otro, limpió las manchas de sangre. Abajo, las ejecuciones habían sufrido un alto. Era sólo la prolongación momentánea de una agonía de cien vidas. Luego, en pocos minutos, se reanudaría la masacre feroz y despiadada.

Worsov rodeó con un brazo a su favorita. La besó y acarició lúbricamente. Su halcón graznó, en el hombro opuesto. Estaba despezándose sobre las piernas de la mujer, como si durmiera en el más tranquilo lugar, cuando sonó la dura, fría voz:

—Mi señor, con vuestra autorización y permiso...

—¿Eh? —el Gran Duque abrió un ojo, mirando irritado al que le interrumpía—. ¿Qué diablos ocurre ahora? Quiero relajarme estos minutos, antes de que siga, el festejo...

—Tendréis que dedicarme esos minutos, mi señor —insistió la voz—. Es urgente.

—¿Urgente? —aulló Worsov, malhumorado, incorporándose—. ¿Qué hay más urgente, que la voluntad del Gran Duque, amo y señor de vidas y haciendas?

—La propia vida, señor. Y el peligro.

—¿Peligro? —se incorporó, sorprendido. Miró al gigantesco guerrero de tez oscura, ojos malignos y recios brazos, vestido con acoraza de la Legión Negra, y con el distintivo del águila plateada en su casco, entre ambos cuernos. Era capitán de la Legión. El capitán Kahn, azote de tierras y pueblos, ciudades y aldeas—. ¿A qué clase de peligro te refieres, capitán?

—A los Guardianes de la Ciencia...

—¡Los Guardianes de la Ciencia! —rugió con ira Worsov—. Esos espectros, esos herejes... ¿Qué hay de nuevo sobre ellos?

—Quizá mucho, señor. Hay un mensaje...

—¿Mensaje? ¡Dámelo!

Kahn se cuadró ante su amo y señor. Le entregó un trozo de piel doblado en cuadro. Lo tomó nerviosamente el Gran Duque con sus larguísimos, huesudos dedos. Lo desdobló.

Era un texto breve. Muy breve.

«Guardianes Ciencia. Han creado un superhombre, un superguerrero. Ha aprendido todo. Lo sabe todo. Es guerrero y científico. Va al Norte en busca de algo y a luchar contra el Gran Duque. Es peligroso. Muy peligroso. Parte hacia Zeikal hoy mismo.»

Alzó, la mirada. Contempló a su capitán mercenario. Una expresión terrible iluminaba su gesto y daba una luz demoníaca a sus oscuros ojos malignos. Pronunció las palabras con acritud, con violencia casi:

—¡Un... un superhombre! ¡Eso no tiene sentido! ¡Un superguerrero! ¿Qué es eso? ¡Sólo conozco hombres y guerreros, capitán! ¿Y tú? ¿Qué conoces tú?

—Lo mismo, mi señor. Pero esa gente, los científicos... Están locos. Ya una vez aniquilaron al mundo. Se destruyeron ellos mismos. Pueden volverlo a hacer, no hay duda.

—De todos modos... este mensaje, Kahn... ¿quién te lo ha enviado?

—No lo sé, mi señor. Llegó con un ave mensajera. Un gato volador... Uno de esos animales alados, parecidos a los murciélagos pero mucho más listos y dotados de vista. Lo traía enganchado en su pata. No sé de dónde llegó siquiera, pero esa clase de aves acostumbran a hacer el recorrido desde el Sur... desde las costas de los Mares Tenebrosos, especialmente, camino de las montañas y los pantanos del Norte... Quién, lo puso en ese animal, sabía que hacía este recorrido. Y sabía que nuestros oteadores de los bosques abatirían cualquier ave con un anillo de metal en su pata...

—De modo que tenemos un desconocido aliado en alguna parte..., no lejos de Los Guardianes de la Ciencia... —soltó una carcajada estentórea el Gran Duque Worsov—. Bien... Es un placer inesperado. Pero me sorprende que den, tanta importancia a un solo hombre.

—¿Recordáis algo, mi señor? —habló el oficial de mercenarios—. Una vez, en una aldea... dos falsos peregrinos pretendían escapar... Matamos a uno de ellos, no sin que él, con un arma extraña, que luego hizo estallar en sus manos abatiera a varios de los nuestros. Eran Guardianes de la Ciencia... y su destino era la Ciudad de Ulania, sin duda alguna. ¿Qué podían buscar unos locos de esos en la Ciudad de los Dioses? Es algo que me ha preocupado desde entonces. Y ahora, si ese hombre, o lo que sea, viene hacia

acá... ¿por qué no imaginar que va a hacer igual recorrido, por la razón que sea, cruzando antes por Zeilak, para combatirnos, y levantar a las masas contra vos, mi señor?

—No es mala idea. Kahn, tú eres un experto en esas cuestiones. Utiliza tú iniciativa. Y la Legión Negra. Bloquea los caminos por donde imaginas que vendrá hacia acá el enviado de los sabios. Mantén atentos a tus arqueros, por si pasan nuevas aves mensajeras. Y esperemos... ¡esperemos a saber lo que busca esa gente, de tanto valor como para malgastar vidas de su reducida comunidad de malditos herejes, y corno para enviar hacia aquí a su mejor hombre, si ese mensaje es cierto! Porque... podría ser también una trampa, ¿no es cierto, mi fiel Kahn? —se hizo astuta la expresión malévola de Worsov al hablar así. .

—Claro, señor. Podría ser una trampa. Pero no lo creo.

—Yo tampoco. Además, no perdemos nada. No estamos en guerra más que con la gente de Clepsis. Y fueron derrotados en toda línea en la batalla del pasado mes. No hay nada que temer. Sigue adelante, mi fiel Kahn... Sigue... ¡y captura, vivo o muerto, a ese superhombre que nos envían los locos asesinos de este planeta!

—Si, mi señor. Lo conseguiremos. ¡La Legión Negra y el capitán Kahn nunca fracasan en su misión!

—Que siga así y serás comandante de mis ejércitos la próxima vez que nos veamos —le palmeó el Gran Duque. Luego, se volvió a la plaza pública. Contempló a la gente apiñada allí e impaciente ya por proseguir el festejo sanguinario. Sonrió ampliamente, agitando sus brazos. Hubo un clamor, exigiendo la continuidad de la masacre. El verdugo esperaba, mirándole tras los agujeros de su negra caperuza.

—¿Sabes, capitán? —habló el amo y señor de las tierras de Zeilak roncamente—. Me siento generoso, con esas noticias. Muy generoso. Podría hacer algo hermoso como perdonar las vidas que faltan por ser sacrificadas conforme marca la ley... pero eso haría desgraciados a mis súbditos, y no debo hacerlo... Sí, ya sé... Será lo mejor que pueda hacer por todos ellos para mostrar mi generosidad... ¡Kahn, da orden de que los demás presos que fueron indultados ayer y esperan su liberación, sean unidos a la lista de ejecuciones! Eso dará mayor duración al festejo, y la gente aclamará mi generosidad cuando lo sepa...

—Claro, mi señor —se inclinó, ceremonioso, el capitán mercenario—. Se cumplirá seguidamente vuestra orden, no lo dudéis...

* * *

—Cuidado, viajero. Estáis entrando en las Tierras del Miedo...

Podía recordar muy bien esas palabras: «Las. Tierras del Miedo»... Miró en torno, ceñudo. El nombre correspondía muy bien con las apariencias del propio lugar. Si se le hubiera tenido que ocurrir a él un nombre para bautizar aquel paraje desolado, sombrío, de negros peñascos, retorcidos sarmientos, neblinas bajas, como vapor enroscándose en torno a los tobillos, olor azufrado y celaje negro, sombrío, cruzado por bandadas de buitres o por aves mutantes de dos y hasta de tres cabezas, hubiera sido precisamente ése: Miedo. Región del Miedo...

—Miedo... ¿a qué, Zorak?

—No sé... —el viajero de larga capa oscura y caperuza sobre la cabeza, dando sombra a su rostro, miró a Yalia, la mujer guerrera, que había sido quien hiciera la pregunta. Se encogió de hombros, apoyado en su báculo de nudosa madera, al añadir—: A nada, quizá. O a todo, posiblemente. Es un feo lugar, Yalia.

—Hay lugares muy feos en nuestro mundo de ahora, Zorak —se quejó ella, escudriñando las colinas negruzcas, los riscos ásperos y basálticos ante ellos—. Este no es mejor o peor que otros muchos que he conocido en mi corta vida. Y nunca tuve miedo a nada ni a nadie.

—El miedo es algo especial, Yalia —sonrió duramente la faz enérgica del hombre gigantesco, encorvado al caminar, quizá en un esfuerzo por disimular su gran estatura y la armonía escultórica de su figura—. No se teme a la espada del guerrero o a la fuerza del volcán llameante, sino a aquello que no tiene forma ni naturaleza concreta. A una sombra, a un crujido entre los difuntos, a una cripta donde un esqueleto produzca ruido, aunque sólo sea porque un viejo hueso se desprendió de él... Eso es el miedo, querida.

—No creo en las sombras ni en los fantasmas. Sólo en lo que puedo palpar y sentir —replicó ella, arrogante. Le miró recelosa, con fieros ojos, palpitantes sus rotundos pechos—. ¿Acaso tú sí tienes miedo, guerrero? Ha hecho de ti la magia de los científicos un nuevo hombre, medroso de cosas del Más Allá?

Había un tono de burla en ella. Zorak no se inmutó por ello, ni pareció sentirse ofendido. Por el contrario, sacudió su cabeza encapuchada y señaló a la distancia con su cayado de caminante que podía confundirse con cualquier peregrino o vagabundo de los caminos sin principio ni fin de la Tierra.

—Antes de que llegue la noche, deberíamos alcanzar esos riscos y dormir a su amparo —señaló abrupto—. Y no tiembles, si luego las cosas no son materiales ni se combaten con la espada. Sólo la inteligencia puede vencer a ciertas formas de vida que el ser humano no concibe fácilmente...

—Tonterías —rechazó ella ásperamente. Miró atrás, al tercer miembro del grupo de caminantes, el más cansino y débil de todos—. Y tú, rubio y enclenque, ¿por qué te uniste a nosotros en este viaje? Debiste quedarte en tu barco de la Ciencia, con los demás chiflados que dieron vida a mi Zorak para hacer de él un gigante medroso de los muertos... ¿Por qué vienes con nosotros, Yulk?

Yulk, el joven e inexperto Guardián de la Ciencia, se encogió de hombros. Caminaba pesadamente sobre su propio cayado, poniendo con dificultad sus pies, calzados con sandalias toscas, de piel de toro mutante, de tres cuernos y cabeza blindada, sobre el terreno abrupto y cálido, entre vaharadas de suelo volcánico, que abrasaban la piel.

—Un día me prometí a mí mismo volver a intentar la conquista de Ulania, la Ciudad. Sagrada. Fue cuando mi buen amigo y compañero Gork cayó víctima de los mercenarios del Gran Duque, en una aldea cerca de la divisoria entre Zeikal Ulania. Juré volver, en nombre suyo y en su memoria, y poner el pie en la plataforma de los dioses, para ver al fin la Piedra Negra al alcance de mi mano...

—¡La Piedra Negra! —repitió con desprecio Yalia—. Tonterías, Yulk. Eso no tiene sentido. He oído hablar de ella. Es una piedra que te fascina y atrae, Sólo eso. Algo de los dioses, para darnos prueba de su fuerza. Si pretendieras tocarla, te destruiría.

—No, Yalia. —rechazó Zorak—. . Esa piedra no es obra de dioses. Ni siquiera es realmente negra, sino de un oscuro color cárdeno que la hace parecer negra a distancia porque nadie puede acercarse a ella y vivir...

—¿Cómo puedes saber eso? Nunca la viste tampoco tú, que yo sepa. .

—Nunca vi otras cosas que ahora conozco —suspiró Zorak— Música, pintura, escultura, altos edificios, catedrales, palacios, puentes de metal, naves en los cielos... Sin embargo, sé de todo ello.

—Oh, la sabiduría de Los Guardianes... —se irritó ella—. ¿Qué son pintura música, escultura y todo eso? He oído música que tañen los pastores o los labriegos con instrumentos de madera y cuerdas de tripa...

—Algo parecido a eso. Pero, infinitamente más rico y hermoso. No poseo medios para, ejecutarlas, pero conozco todas las sinfonías escritas en el mundo. Evoco hermosas obras de un arte extinguido, cuadros y esculturas abrasados y rotos por el caos horrendo... —cerró sus ojos, angustiado—. ¿A qué pensar en ello? Ya pasó. Desapareció. Esperemos que algún día vuelva a haber gentes que intenten reproducir cosas semejantes... Tú no entenderías eso, Yalia. Hablemos mejor de la Piedra Negra. No necesito verla para saber lo que es.

—¿De veras? —se mofó ella, arrogante. Puso sus brazos en jarras y echó adelante su torso y sus ingles, agresivamente—. ¿Qué es esa piedra? ¿Por qué no vino de los dioses?

—No hay dioses. Yalia. Sólo uno. Un Dios... Y esa piedra... no es magia ni poder de dioses, sino materia poderosa, llena de una radiactividad nueva, superior... Un meteorito.

—¿Un... *qué*? —boqueó Yalia, asombrada.

—Nunca podría explicártelo. Llegó de lejos. De muy lejos —miró al cielo nuboso, lleno de hoscas brumas—. De un cielo donde hay estrellas, mundos... De los confines de algo que se llamó, y quizá pueda llamarse aún... Sistema Solar. Alcanzar esa piedra es fundamental. Es, tal vez.. *ineludible*.

—¿Para qué? ¿De qué te serviría, Zorak, si, quien se aproxima a ella... muere?

—Yo... no puedo morir —susurró él roncamente, bajando su cabeza—. Aún no...

Siguieron adelante. Yulk, siempre atrás. Zorak, abriendo la marcha, infatigable. A su lado, vital, poderosa, la mujer guerrero, la hermosa Yalia.

Las Tierras del Miedo terminaban en las colinas negras. Más allá... Zeikal extendía sus tierras feudales, regidas por el Gran Duque y sus mesnadas mercenarias. Ni siquiera esos desaprensivos

y violentos guerreros se hubieran atrevido a penetrar en tierras donde el enemigo no tenía cuerpo, ni las armas valían de nada...

* * *

—Hemos llegado muy a tiempo —suspiró Zorak, dejándose caer en las rocas negras, y bajando hacia la nuca su caperuza. Miró a todas partes, apoyando una mano en el pomo de su espada—. Descansad. Comed y bebed, amigos. Antes de qué anochezca. Posiblemente la noche diste mucho de ser tranquila.

—¿Por los fantasmas? —se burló Yalia, sarcástica. Golpeó, las copas de acero que cubrían sus senos, a guisa de coraza—. ¡Yo los desafío a que se manifiesten y logren asustarme!

—No hables así —murmuró Zorak, señalando a poca distancia—. Mira allá. ¿Ves eso?

Ella dirigió sus ojos en esa dirección. Arrugó su ceño, disgustada.

—Veo un círculo de monolitos negros. ¿Qué es eso? ¿Algún ritual?

Un, cementerio. Gentes que murieron y confían en seguir vivos más allá de esta existencia —explicó Zorak, paciente—. Sus cuerpos se pudren en la tierra, pero nada sabemos de sus espíritus. Se dice que se quedan sobre la roca negra de la tumba. Y, llegada la noche, se liberan de su sepultura y recorren sus tierras.

—¿Eso está escrito en los libros de la Ciencia? —dudó Yalia, soltando una carcajada. .

—No. Eso forma parte de otras ciencias más vagas y oscuras... en las que el hombre también debe creer. Guárdate de los muertos que juraron vengarse más allá de su vida, o de quienes hicieron de su vida un culto a los poderes de la Sombra y del Mal porque es posible que ellos logren lo que buscaron, aunque las ciencias lo nieguen.

Estaba, oscureciendo rápidamente, y Yulk había seguido el consejo de comer carne salada y torta, de harina morena, junto con un sorbo de agua de su odre, antes de que se hiciera noche completa. Aun así, de repente exhaló un grito y arrojó su carne y su torta, estando a punto de verter también el odre de agua potable...

—¡Mirad! —aulló—. ¡Mirad ahí! ¡Es horrible, Dios nos asista...!

Yalia, sobresaltada, giró la cabeza hacia donde señalaba el despavorido Yulk. La cabeza de Zorak giró también, en busca de la

causa de ese repentino terror. La oscuridad era casi total. Pero aún había una claridad lívida por el horizonte, que permitía ver la extraña danza de los monolitos negros, hincados en círculos sobre la tierra, al moverse ésta, con raros crujidos, dejando brotar por entre sus grietas unos vahos luminosos. Luego, entre esos vapores fosforescentes, emergieron siluetas espantosas e increíbles...

Incluso Yalia soltó esta vez un ronco grito de horror.

Capítulo IV

TIERRA DE MUERTOS

LOS esqueletos emergían por doquier. Una danza pausada y frenética a la vez, como un aquelarre demoníaco, agitaba —sus cuerpos descarnados, sus osamentas amarillentas, cubiertas por jirones de ropas y de carne y piel putrefacta. Cráneos pelados, con mechones de pelo podrido, cuencas vacías u ojos purulentos, de brillante y fija mirada diabólica...

En círculo, entre los monolitos negros, bailoteaban su macabra danza en las sombras. Y aun cuando oscureció totalmente, la propia fosforescencia de los vahos de sus tumbas, permitía seguir sus pasos de danza escalofriante.

—Esos seres... —jadeó Yalia, sacudiendo la cabeza—. ¡Imposible! ¡No existen! ¡Son espejismos, visiones de mi mente y nada más!

—No, Yalia —negó fríamente Zorak—. Son seres de estas tierras. Deja su danza. En tanto no se les importune, nada pueden hacernos. Están muertos, recuerda. Pero un poder superior los mueve. No conviene desafiar a lo desconocido. .

—¡Yo lo desafío sin temor! —gritó de súbito Yalia—. ¡Yo os demostraré que sólo el propio miedo hace ver esas alucinaciones estúpidas!

—¡No, Yalia, querida! —rugió Zorak, incorporándose de un salto, con la elasticidad de un felino.

Pero era tarde. Yalia corría, blandiendo su espada, hacia el lugar del aquelarre. Los seres de ultratumba proseguían, su danza estremecedora. Sin embargo, al aproximarse Yalia, rostros descarnados, horribles, giraron hacia ella. Malignas miradas de ojos vaciados o goteantes de materia descompuesta, se fijaron en

ella.

La mujer guerrero penetró en el círculo de la danza y comenzó a repartir mandobles terroríficos a uno y otro lado. Algunos esqueletos se rompieron, desmoronándose en simples huesos quebrados o desarticulados. Calaveras horribles saltaron por los aires ante el embate de su arma y un escalofrío de horror sacudió el cuerpo semidesnudo de la hermosa luchadora, al notar que era algo perfectamente sólido y tangible lo que su acero quebraba en cada mandoble.

—¡Por los dioses, Zorak! —gritó—. *¡Existen*, realmente...!

—Sí, existen... —suspiró Zorak, echando a correr hacia donde ella estaba—. Pero no es eso lo peor, mi querida entrometida...

Y, ciertamente, no lo era.

Porque los difuntos golpeados y mutilados por el acero de la amazona indómita de Hiérades, apenas caían a tierra, desarticulados y rotos, se rehacían, con raro crujido de osamentas vivas, y los cuerpos comenzaron a envararse, rígidos y feroces, aproximándose a la muchacha. No importaba que ella golpeará y golpeará. Cada impacto suyo abatía a un esqueleto. En ese tiempo, otros dos o tres se rehacían, y el cerco iba haciéndose angustioso en torno a ella.

—¡Favor, Zorak!—jadeó, despeinada, virulenta, pero empezando a notar el hielo del terror en sus venas y, en su epidermis, a medida que el cerco hediondo de cadáveres vivientes se estrechaba en derredor, impidiéndole toda salida—. ¡Favor...!

—¡Allá voy, Yalia! —rugió Zorak, desenvainando su formidable, poderosa espada. .

Un destello de acero en sus férreos dedos, y el gigante cayó en el círculo de monolitos negros, descargando sus golpes... no sobre los esqueletos a medio descarnar, sino sobre las propias piedras verticales y negras, que derribó con cada golpe de mandoble, una a una, al tiempo que su cuerpo parecía retorcerse, acosado por los vahos luminiscentes que despedían las grietas del suelo funerario...

Yalia, demudada, incrédula, observó que a cada monolito negro que se desplomaba de su posición vertical, entre una polvareda acre, uno de los amenazadores esqueletos se desmoronaba, desarticulados sus huesos, hasta convertirse en simples restos inofensivos, sobre la tierra agrietada...

Zorak luchaba, sin embargo, con dificultades. Fuerzas ocultas, del Más Allá, pugnaban con su naturaleza de hierro, para evitar que siguiera adelante en su empeño. Pero él, inexorable, debatiéndose entre lenguas de vapor luminoso, como si fueran sierpes de ultratumba, dotadas de rara vida, lograba su objetivo. Yalia, demudada, incrédula, observó que también esos vapores se disolvían, como penetrando de nuevo en sus recónditos escondrijos del subsuelo, hasta quedar uno solo, con un solo esqueleto y un solo monolito negro en pie.

Zorak miró al espectro tangible, de huesos crujientes. Y silabeó, con fiereza:

—Vuestra magia oculta os condujo a esto, seres de otro mundo. Sólo sois muertos, os gusté la idea o no, y los cuerpos de los difuntos deben reposar eternamente, liberándose de sus almas. Acabo, pues, con vuestros encantamiento maligno, y que cada piedra sea sólo lápida de vuestra tumba de eterno descanso... ¡Amén!

Y con un espadazo colosal, abatió la última piedra negra. Hubo un chasquido sordo, se evaporó la última silueta luminosa, liberando los músculos agarrotados de Zorak, y el último esqueleto se hizo simple polvo grisáceo, entre algunos pocos huesos enteros, y su cráneo pelado y amarillento... que rodó sordamente por la tierra, súbitamente sin grietas ya.

—Oh, Zorak, ¿cómo pedirte perdón? —gimió ella— yo siempre pensé que sólo eran sombras, que nadie vuelve desde el mundo de los muertos...

—En nuestro mundo, muchas cosas cambiaron en estos siglos. Hay magias poderosas, fuerzas ocultas liberadas... no comprendiste que ellos sólo seguían siendo materia putrefacta. Eran sus espíritus los que movían esos pobres cuerpos, en un remedo triste de vida... Y los monolitos negros eran los símbolos de esa magia tenebrosa. Abatidos los signos, se terminaba el encantamiento... Pero de algo ha servido esto, Yalia. Creo que, al fin, has aprendido a saber lo que es el miedo...

Y rió entre dientes, mientras los ojos de Yalia brillaban, en un rostro pálido y tembloroso.

De súbito, Yulk lanzó un alarido: ...

—¡No, por Dios! ¡Nooo...!

Giraron ambos sus cabezas, sobresaltados. Parecía ser tarde para cualquier cosa. Yulk yacía en la negra tierra pedregosa. Boca arriba. Rígido, como un muerto. De su cuello brotaba sangre. Tenía los ojos desorbitados y vidriosos, fijos en la nada.

—¿Qué significa...? —comenzó Yalia, horrorizada, aferrándose al brazo musculoso y formidable de Zorak.

El joven guerrero contempló sombrío a su compañero, el rubio Guardián de la Ciencia, sin entender al principio. Luego, descubrió la negra sombra revoloteando sobre su cuerpo, aproximándose a ellos. Era como un ave pequeña, de alas de terciopelo, negro como la noche...

Pero sus ojos brillaban extrañamente, con destellos rojizos, sanguinolentos...

—¡No mires, Yalia! —gritó, tratando de cubrir su rostro con las manos—. ¡No mires...!

También ahora era tarde. Yalia tenía el mismo aspecto que Yulk. Rígida, en pie, inmóvil, con ojos vidriados y muy abiertos, como en trance. Sólo le faltaba el reguero de sangre en el cuello.

Zorak se revolvió hacia el pajarraco negro, aterciopelado y siniestro... Le lanzó un golpe con su espada, sin atinarle. Juró entre dientes, y en alguna parte, flotando en el aire, sonó una risa larga y sibilante, de burla y de triunfo...

Luego, el ave negra se posó sobre unas rocas, frente a él. No miraba sus ojos malignos y fulgurantes. Los eludía cuanto le era posible. Incluso cerró los ojos un instante, bajando su cabeza rubia y vigorosa, al notar que eran como dos destellos rojos, de fuego vivo, que alcanzaban su cráneo, taladrando su piel y sus huesos.

—No temas, amor —susurró la voz de mujer, ronca y apasionada—. He venido a por ti... Tú eres mi objetivo, no esa mujer ni ese otro hombre... Y nada debes temer de quien se rinde a tus pies, pidiendo amarte y ser amada siquiera sea sólo por esta noche, en mi morada aérea...

Zorak abrió los ojos, asombrado. Contempló a la hermosísima mujer de negras ropas de tela aterciopelada, como las alas del animal alado...

Sólo en un abrir y cerrar de ojos, todo había cambiado. Ya no estaba en el yermo negro. Ni rodeado de monolitos y de piedras basálticas. Ni siquiera estaban Yalia o Yulk junto a él, vivos o

muertos.

Estaban en un lugar desconocido. Entre brumas y columnas de oscura piedra. Entre luces oscilantes, de largos cirios en hilera.

Ante él, aquella mujer. Hermosísima, pálida como la misma muerte, de larga cabellera negra como la noche, sedosa, cubriendo voluptuosamente los senos que el vestido de terciopelo casi dejaba desnudos, aúneme meso llegaba a arrastrar por el suelo de singulares baldosas rojas, espejeantes como acero bruñido...

—¿Quién eres? —preguntó con voz ronca el guerrero Zorak—. Dónde estoy?

Ella abrió sus labios, de un rojo goloso y violento, mostrando la albura de sus dientes iguales... a excepción sólo de dos de ellos. La misma risa que antes pareciera flotar en el aire, brotó ahora de su boca sensual y lasciva.

—Soy Vampyra, reina de los No-Muertos —dijo con voz melosa, acercándose a él—. Y estás en mi morada de las cumbres, lejos de todo y de todos... ¡Eres *mío*, hermoso guerrero! Absoluta y totalmente *mío* por la eternidad...

Los dos únicos dientes distintos a los demás, eran sus incisivos, largos, agudos, afilados como colmillos...

* * *

La Morada de Vampyra, reina de los No-Muertos...

Vampiros de la Región del Miedo... Y su hermosa reina, acogiéndole como invitado de honor en su mansión sombría, perdida en las cumbres de las Colinas Negras...

Era eso. Ahora lo comprendía. El murciélago la transmutación... Y él, un elegido de la diosa del Mal, de la princesa de las Tinieblas... ¿Dónde estarían ahora Yulk y Yalia? ¿Cómo se hizo el prodigio de su tránsito a aquel lugar inaccesible?

Los poderes ocultos, las fuerzas del Más Allá en acción... Ningún guerrero podía enfrentarse a cosas así. No eran de este mundo.

—No, Vampyra —negó Zorak rotundamente, con gesto enérgico en su indómito rostro viril. Su mirada gris de acero centelleó colérica—. Deja que nos marchemos de aquí los tres. No voy a ser tu siervo y amante. Vivir eternamente durante la noche, no me seduce. Prefiero una vida intensa, y morir luego, como mueren todos. El reino que tú me ofreces no es para mí. Espera a otro viajero para seducirlo.

—Tú eres el más fuerte y hermoso que jamás cruzó mis tierras —replicó Vampyra, contoneando su cuerpo lascivo—. Ven a mí y lo tendrás todo. No existe otra eternidad que ésta. Sólo en mi mundo se puede vivir eternamente...

—Sí, lo sé. Días enteros en el interior de un féretro y de noche en busca de sangre humana para seguir existiendo... o no existiendo. Los No-Muertos. Los que jamás reposan... Como un viejo, viejísimo antecesor tuyo, llamado Drácula...

—¡Drácula! —ella retrocedió unos pasos, asombrada abriendo mucho sus ojos oscuros y fulgurantes—. ¿Qué dices, guerrero? ¿Cómo tú, ignorante luchador de hermoso aspecto, conoces cosas profundas y ocultas que la Humanidad olvidó hace ya siglos? ¿De dónde vienes? ¿Quién eres, que tanto sabes, en este mundo de ignorancia y de terrores?

—Soy Zorak, el guerrero arcario —dijo él con arrogancia—. Sé que los vampiros, hoy en día, son invulnerables para la masa zafia y medrosa que existe en nuestro planeta... Pero yo conozco todo sobre vosotros... Yo sé *cómo* venceros hermosa reina Vampyra... ¡y lo haré, si no me devuelves inmediatamente a mis amigos y nos dejáis seguir nuestra ruta sin dificultades!

Y diciendo esto, Zorak desenvainó bruscamente su espada. Vampyra sonrió burlona, como esperando ser atacada por el arma blanca, a la que era invulnerable. Pero su terror no tuvo límites: cuando Zorak alzó la espada y murmuró:

—Mira este acero, Vampyra. Nada puedo hacerte con él. Estás fuera de mi alcance. Pero si suelto la empuñadura y aferró el arma por: su hoja... ¿qué verás ante ti? ¿Qué imagen se enfrentará a tus ojos? LA CRUZ... ¡La cruz de mi espada, Vampyra!. ¿Quieres verla acaso?

—No, no..., —jadeó ella, con expresión — horrorizada, extendiendo rápida su temblorosa mano abierta—. ¡No, guerrero! ¡No sueltes la empuñadura de tu espada! ¡Se hará lo que pides inmediatamente! ¡Hazte cuenta de que jamás viste a Vampyra, la reina de los No-Muertos...! aunque ella difícilmente pueda olvidarte, ya en la eternidad de su existencia nocturna... Eres hermoso y deseable, guerrero. Pero me asustas. No sé qué eres ni quién eres. No perteneces a este mundo, es evidente... No, te lo ruego. Enfunda tu espada. Y todo volverá a ser como deseas... Sigue tu camino,

Zorak y que tus designios se cumplan, sean cuales sean... Vampyra no volverá a luchar contigo jamás...

Hizo un gesto con su mano, y Zorak cerró los ojos, sin soltar su espada. Al abrirlos, todo era como antes...

Sólo que Yulk se incorporaba aturdido, sin señal de sangre en su cuello. Y Yalia, junto á él, parpadeó como despertando de un letargo, entre los peñascos de basalto y los monolitos abatidos.

—¿Qué... qué ha sucedido? —murmuró Yalia, sin entender lo que le ocurría.

—Nada. —sonrió Zorak, encogiéndose de hombros.

Vio su espada en la mano y la enfundó—. Visteis algo, un pájaro nocturno y parece que os hipnotizó, ligeramente, eso es todo. En estas tierras abundan los murciélagos hipnóticos... Vamos a dormir ya. Con el alba debemos seguir camino y entrar en tierras de Zeikal. Ya hada hay que temer por esta noche, estad seguros...

Y su sonrisa se amplió enigmáticamente, mientras tomaba por los hombros a Yalia. Un negro pájaro acaso un murciélago, revoloteó en la distancia, alejándose hacia las cumbres de las Colinas Negras. Finalmente, sólo fue un puntito en la oscura distancia...

Segunda Parte

PIEDRA CÓSMICA

Capítulo Primero

LOS MERCENARIOS

LA cabeza se alzó entre los arbustos. El pálido sol nublado reflejóse en el acero del casco. Unas manos vigorosas alzaron el arco, tenso. Disparóse la flecha con un potente silbido.

El dardo hendió el aire. Hubo un chillido agudo en el aire. El ave agitó sus alas membranosas. El rostro de gato alado reflejó agonía. Cayó pesada, verticalmente, sobre el bosque vigilado por los soldados. El arquero situado en la copa del árbol, sonrió complacido. El nunca fallaba un blanco semejante. Nunca.

—El capitán estará satisfecho —dijo—. Ese gato volador llevaba un mensaje en su pata, estoy seguro...

Dos soldados corrieron a donde yacía el animal muerto. Arrancaron la anilla de su pata. Y con ella, un pequeño trozo de piel doblada. Se miraron entre sí.

—Debe ser lo que esperaba el capitán —dijo uno de ellos—. Un mensaje del Sur...

—Pero no podemos entregárselo ahora... Está ausente, en esa batida sobre los pueblos rebeldes de la laguna...

—Dijo que era urgente —replicó el otro—. Ensilla tu unicornio. Yo iré contigo. Le llevaremos personalmente el mensaje a la propia laguna, esté donde esté. No quiero ver en peligro mi cabeza, sólo por cometer un error...

El otro asintió. Popo después, ambos soldados cabalgaban en sus unicornios camino de la laguna, la región más hostil contra el poder tiránico del Gran Duque y de sus huestes mercenarias.

* * *

Kahn apuró su jarra de vino agrio. Luego, sepultó su espada, sin piedad alguna, en el pecho del anciano que pedía clemencia por sus

hijos más jóvenes, tendido a sus pies, sobre la alfombra de pieles de oveja.

El alarido ronco del desdichado, al caer de bruces, no le privó del placer de la bebida. Chascó la lengua, contemplando a la mujer y a los niños que presenciaban la escena despavoridos, en medio del claro rodeado de chozas incendiadas, cadáveres sostenidos por lanzas sujetas a tierra, y cabezas colgadas de las puertas, a guisa de trofeo sangrante.

—Más vino —pidió a uno de sus soldados—. El combate me da sed.

Bebió un largo trago. Por las calles, sus mercenarios saqueaban, violaban y asesinaban a mansalva. Los gritos de las mujeres ultrajadas, se mezclaban con los alaridos de los hombres ensartados por lanzas o espadas, o el llanto agónico de niños pateados brutalmente por las cabalgaduras de la Legión Negra de Kahn.

—Es un hermoso espectáculo —comentó, dejando caer el vino por las comisuras de sus labios crueles—. El pueblo más rebelde de todas estas tierras... reducido a cenizas. Y sus traidores habitantes, diezmados y exterminados, como escarmiento para cuantos osen desafiar las iras del Gran Duque Worsov... Ese viejo imbécil me rogaba por la vida de sus hijos... ¡Y sus hijos, son nada menos, Kazz, Yamor y Thor! Los tres rebeldes más perseguidos por mi señor, cuyas cabezas están a precio...! Pobre idiota, ¿pensó acaso que iba a tener yo clemencia de semejante gentuza? ¡Eh, vosotros! Tú, mujer, y esos niños... ¿No es cierto que sois la familia del bravo y rebelde Thor, el hermano mayor de una familia de bastardos traidores a su amo y señor? ¡Vamos, responded!

La mujer, canosa y de rostro cansado, vestida con ropas humildes y míseras abrazó contra sí a los dos niños, antes de responder, atemorizada:

—Sí... sí. Yo soy la esposa de Thor, y ellos sus hijos. Haced conmigo lo que queráis, pero respetad a los niños. Ellos no tienen culpa de las ideas de su padre. Son inocentes, y pueden crecer respetando a su amo y señor, el Gran Duque...

—Hum, lo dudo —arrugó su ceño Kahn—. No estoy seguro de que eso sea posible, con semejantes antecedentes familiares... Tú educarías a tus hijos en la rebeldía y el odio, estoy seguro, apenas cortaran la cabeza en público a tu amado esposó...

—¿La cabeza? —tragó saliva, desorbitados sus ojos—. Oh, sus delitos no son tan graves, señor oficial... El sólo... se negó a pagar tributos, organizó algún mitin y cosas así...

—¡Mientes, sucia mujer! —rugió Kahn—. ¡Tu esposo y sus hermanos han sido enemigos de mi amo y señor, y estaban organizando la rebelión contra él y contra mí! ¡Eso es traición, y la traición se paga con la vida! Vamos, trae aquí a esos niños. Yo me ocuparé de ellos...

—No, por los dioses... —se puso ante ellos, protectora, cruzando sus brazos—. Ellos, no... Tenedme a mí. Matadme, haced lo que queráis conmigo, pero no a ellos...

Vales poco para ser ultrajada —rió soezmente Kahn—. Y no me interesas tú, sino ellos y su padre, ¿entendiste? ¡Vamos, tráelos, o los tomaré por la fuerza!

Y al ver que ella seguía patéticamente situada ante los niños, cubriéndolos con su propio cuerpo de la atroz suerte que preveía para los inocentes, aferró la misma espada sangrienta que sepultara en el cuerpo del anciano y la disparó contra ella violentamente.

La esposa de Thor exhaló un ronco alarido. Cayó de rodillas, desorbitando sus ojos por el horror, mientras los niños rompían en llanto. La espada atravesaba su cuerpo de lado a lado. Cayó con unas palabras roncadas, quebradas:

—Maldito seas..., asesino... Mis... mis hijos...

Kahn se incorporó, furioso. Fue hacia ella, tomó el arma, para arrancársela del pecho. Justo entonces, se alzó una, de las telas llameantes de las casuchas incendiadas que rodeaban el claro, y emergió por ellas un hombre enloquecido de ira y dolor.

—¡Cobarde, asesino! —aulló colérico.

Y de su mano escapó un hacha, antes de que Kahn o sus hombres tuvieran tiempo de hacer nada por evitarlo. El arma, pesada y afiladísima, alcanzó la mano del capitán mercenario, cerrada sobre la espada que atravesara a la mujer. Segó su muñeca limpiamente, dejando la mano en la espalda y el brazo del capitán convertido en un chorreante muñón escarlata.

El aullido inhumano de éste sacudió toda la aldea. Tambaleante, horrorizado, cayó de rodillas, contemplando su brazo zurdo, carente ya de mano. De haber utilizado la diestra para tomar 3a espada, hubiera perdido su mano útil para el combate...

—¡Es Thor! —aulló, señalando furioso a su agresor—. ¡Matadlo, maldito sea! ¡Me ha dejado sin mano! ¡Matadlo...!

Fueron varias espadas, lanzas y flechas las que cayeron sobre el infortunado aldeano. Su cuerpo, cosido por los aceros, se quedó clavado contra el muro llameante, como un insecto. Su boca no emitió una queja. Su rostro no reveló dolor, sino ira y amargura. Su última mirada fue para sus hijos, que lloraban junto al cadáver de la madre.

Rabioso, perdiendo sangre torrencialmente, Kahn se volvió, lívido, hacia los niños.

—Ejecutadlos —ordenó ásperamente—. No quiero vivo a nadie de esa familia. ¡A nadie! Vamos, aplastadles como ratas... Son hijos de ese bastardo...

Los soldados se llevaron a los niños. Dos gritos ahogados marcaron su final. El exterminio continuaba, devastador. Un mercenario trajo un barril de serrín, donde Kahn hundió su brazo mutilado, para contener la hemorragia.

Justo en ese momento, los dos mercenarios entraron en la aldea, al galope de sus unicornios.

—¡Mensaje urgente, capitán Kahn! —gritó uno de ellos—. ¡Mensaje del Sur!

—Callad —dijo otro mercenario. Está furioso... Le han cortado una mano...

—¡Callad vosotros! —aulló Kahn, convulso, retorciéndose de dolor. Miró a sus hombres recién llegados a la aldea situada en las márgenes de la negra laguna a cuyo otro extremo ardían ya las demás aldeas rebeldes, exterminadas por la legión mercenaria—. Vosotros, venid acá, pronto. Veamos ese mensaje. Y que los demás busquen un médico con vida, sea el que sea... Necesito detener esto, o me desangraré, por los dioses...

Los soldados se quedaron estremecidos a la vista de la mutilación horrible que sufría su jefe. Este, con su mano ilesa, tomó el trozo de piel. Lo desdobló, acercándose a una pared de cañas, llameante, para leer lo que contenía. Lo leyó atentamente, en voz alta:

«Superhombre de Los Guardianes de la Ciencia logró superar prueba Tierras del Miedo y entra ya en Zeikal. Sigue el viejo sendero de las caravanas, hacia la ciudad de Hydra. Llegará con la

luna llena, según su cálculo. Viste de peregrino y va con una mujer y un hombre rubio. Es peligroso.»

Releyó el texto, ceñudo. Su brazo sangraba en el serrín. Pero, parecía haber olvidado incluso el dolor de la mutilación. Sus ojos fulguraban fieramente.

—Ese comunicante... —murmuró—. ¿Quién será, y por qué traiciona al falso peregrino? Espero saberlo algún día. De momento, lo importante es aprehender a ese superhombre Zorak, en Hydra. . ¡y eso no va a ser nada difícil para mí y mis mercenarios, ciertamente! ¡Ese guerrero no vencerá al Gran Duque, por mucho que sea el poder de que le dotaron Los Guardianes de la Ciencia, y por mucho que esperen de sus fuerzas misteriosas!

Tras las cañas que ardían junto al corpachón de Kahn, un acero oculto esperaba el momento de atravesar el muro llameante y penetrar en la espalda del salvaje mercenario. Nunca supo lo cerca que tuvo la muerte en ese momento. Y menos aún que el mensaje misterioso había salvado su vida en semejante ocasión...

* * *

—No, hermano, espera. No lo hagas.

—¿Tú dices eso, Kazz? —jadeó Yamor, convulso—. ¡Es el asesino de toda nuestra familia, y lo tenemos a nuestro alcance!

—Sí, pero ha ocurrido algo... ¿Oíste lo que leía? Ese mensaje sobre un... un superhombre de Los Guardianes de la Ciencia...

—No sé lo que pueda ser, pero él debe morir... —y alzó el cuchillo de nuevo.

—¡Espera! —le detuvo Kazz con energía, sujetando su brazo armado—. No lo hagas. No ahora. Lo echaría todo a rodar. Por desgracia, ya no podemos devolver con ello la vida a nuestro padre, hermano y familiares... Razonemos fríamente, por difícil que sea.

—¿Qué hay que razonar, Kazz?

—Muchas cosas, Yamor. Ese mensajero hablaba como un traidor, sea quien sea. El tal superhombre llamado Zorak debe significar mucho, para que le den tanta importancia. Sabemos que viaja por la antigua ruta de las caravanas del Sur, hacia Hydra, la ciudad del Gran Duque y que allí le esperará una emboscada mortal. Podríamos... podríamos salir de aquí, anticiparnos a los mercenarios de Kahn y llegar a tiempo de avisar, a ese Zorak de lo que sucede. Ello tal vez sea más práctico que matar a Kahn porque

el mensaje, de todos modos, llegaría al Gran Duque, nosotros seríamos muertos y, sin duda, ese Zorak seguiría nuestro mismo camino, una vez en Hydra. Créeme, hermano lo mejor es salir de este infierno sin ser vistos, a través de la laguna, buceando en sus aguas y tomando el canal subterráneo hasta el arroyo. Los mercenarios no pueden conocer ese paso. Ellos son extranjeros, no conocen bien estas regiones. ¿Vamos, hermano? ¿Te decides?

—Está bien —Yamor enfundó de mala gana su cuchillo, con lágrimas en los ojos—. Haré lo que dices. Pero si eso fracasa buscaré a Kahn y lo mataré, esté donde esté...

* * *

—Hubo un tiempo en que ésta fue la ruta de todas las caravanas que, desde el Sur, se dirigían a mercar a Hydra y otras ciudades del Norte, incluso a la poderosa Ulania, Ciudad de los Dioses —suspiró Yulk—. Me pregunto por qué ahora ya nadie la utiliza para esos menesteres, Zorak.

El guerrero se encogió de hombros, y dirigió atrás una mirada enigmática, que se clavó en su rubio compañero de viaje.

—Han encontrado rutas mejores, aunque más largas —manifestó brevemente—. Los mercaderes, sean de esclavos, de especias o de ricas telas, siempre saben escoger sus caminos.

Yalia perdía la mirada salvaje e indómita en lontananza, más allá de las cenicientas y abruptas formas de las montañas que les rodeaban en el áspero, hosco sendero flanqueado de árboles raquíuticos y plantas lívidas.

—Lo cierto es que nunca vi mayor desolación —se lamentó—. Es como recorrer constantemente tierras de muerte... Más al sur, las tierras tienen plantas y hasta hay hierba en algunos puntos. Al norte, existen hermosos paisajes helados. Pero esta soledad, esta fealdad, este polvo reseco, que se mete en los huesos...

—Si al menos fuese un camino seguro, valdría la pena llenarse ojos y boca de polvo, y el alma de desalientos y decepciones —sentenció Zorak con amargura.

—¿Es que... no es una ruta segura? —temió Yulk, nervioso.

—No, no lo es. Por muchas razones —suspiró el guerrero de gigantesca figura, sacudiendo su cabeza de rubios y largos cabellos—. Y ésta es una importante causa para que los mercaderes huyan de ella, pese a su brevedad camino de Hydra, amigo Yulk.

—Cielos, pudimos escoger otra senda... —se quejó el rubio Guardián de la Ciencia.

—No hubiera sido prudente. En esas otras sendas, existen siempre patrullas del desierto, nómadas mercenarios que sirven al Gran Duque e incluso destacamentos armados de cierta importancia, que cierran los accesos a la ciudad de Hydra, próspera y rica corte del perverso, y tiránico Worsov.

—Y si todo eso nos resulta peligroso... ¿qué hay, aquí que haga menos segura nuestra senda, Zorak? —se inquietó Yulk, pestañeando alarmado.

—Eso —dijo fríamente Zorak, desenvainando con premura su espada, y señalando con la otra mano hacia un lugar determinado de los grises promontorios que les rodeaban.

Yulk giró la cabeza, sobresaltado. Yalia emitió un breve grito ronco que empezaba a serle familiar al joven Guardián de la Ciencia. Era su voz de guerra, su propio aliento ante la lucha.

De entre los peñascos, la figura alta y erguida, que parecía otear el horizonte, se alzó de súbito, planeando hacia ellos como, un águila asesina. Era alada, poseía muy amplias y sonoras alas... ¡pero era un ser humano!

O lo más parecido a un ser humano que podía Yulk recordar. Porque los humanos, ciertamente, nunca habían tenido cuatro piernas y cuatro brazos, ni tampoco un cráneo tan enorme y aplastado hasta que se convirtieron muchos de ellos en abominables mutantes, dañados por lesiones genéticas irreparables, tras el gran holocausto.

—¿Qué. . qué son? —jadeó, horrorizado, dando unos pasos atrás.

—Mutantes —dijo secamente Zorak, enarbolando su espada con fría mirada—. Hay muchos. Y son carnívoros. Más que eso: *son caníbales...*

Yulk tuvo un escalofrío. Sintió fijas en su propia carne, codiciada por aquellos nuevos demonios, las pupilas ardientes y voraces, no de uno, sino de al menos una docena de monstruos espantosos que, batiendo sus alas, se precipitaban sobre ellos desde las alturas, emitiendo una especie de enloquecedor chillido. Una voz delirante, que podía ser de júbilo, de placer.. o de crueldad infinita.

Sombras gigantescas planearon sobre la vieja senda de los

mercaderes sureños. Eran sombras grises como el paisaje, hombres cenicientos, de ocho extremidades deformes, de alas membranosas, cabezas informes, chatas y grandes, y rostros demoníacos, de boca muy grande y cubierta de dientes agudos, en forma de sierra doble, trituradora de carne humana...

—¡Defendeos, dé ellos o seremos su festín de hoy! —rugió Zorak, dando un movimiento vertiginoso de torbellino a su brazo, en el que músculos, tendones y fibras formaban macizos nudos, retorcidos por el esfuerzo.

Él colosal mandoble en círculo alcanzó a dos de los alados monstruos mutantes. Segó las alas de uno de ellos y la cabeza de otro, junto con algunas extremidades, que se dispersaron por él paraje siniestro, en medio de negruzcas salpicaduras de sangre oscura, pero evidentemente humana.

Los aullidos de los heridos de muerte, sonaron como una letanía infernal en el lugar. Por su parte, Yalia esgrimía ya en sus manos una daga y una espada, batiéndose ferozmente contra los mutantes del desierto.

Yulk, incapaz de manejar tal clase de armas primitivas, recurrió a aquellas otras que su ciencia le, había proporcionado. De entre los pliegues de su túnica de peregrino, salió un tubo proyector de cargas térmicas. Disparó, dos veces contra un hacinamiento de hasta cuatro alados monstruos.

Entre alaridos escalofriantes, vio reventar aquellos cuerpos grisáceos y repugnantes, como si fuesen su carne y sus huesos de frágil y gelatinosa materia. Los caníbales de la región desolada, empezaron a sentir los estragos de la defensa de los viajeros en sus temibles filas.

Sobre unos peñascos, Zorak y Yalia eran dos titanes, varón o hembra, que luchaban feroz, despiadadamente, contra los adversarios que les tocaban en turno. No recurría Zorak a su arma científica, que formaba parte de su equipo de guerrero, pese a todo. Para maravilla de Yulk, aquel: titán se bastaba y sobraba con su espada demoledora, que destruía y aniquilaba increíblemente, formando en torno suyo un claro salpicado de sangre, restos de mutante y terror de los supervivientes.

Por último, emitiendo, agudos graznidos de terror y decepción, dos únicos supervivientes alados escaparon batiendo alas, hasta

perderse tras las montañas. Zorak, jadeante, con su espada tinta en sangre, igual que el esforzado acero de la daga y el espadón de Yalia, se dejó caer en las rocas, tomando aliento. Su mirada endurecida se perdió en la distancia.

—Conviene apresurar el paso —señaló—. Con la noche, esos devoradores de carne humana volverán contra nosotros, en mayor número, hasta abatirnos. Ellos ven de igual modo en la oscuridad. Nosotros no. Esta es una momentánea victoria, Yalia. Es mejor seguir adelante sin pérdida de tiempo, y sin hacer altos. Una vez lejos de estas montañas grises, cuando alcancemos las lagunas de Zeikal, habremos llegado a distancia esperanzadora de las murallas de Hydra y estaremos fuera del alcance de esos monstruos hambrientos.

—Como tú digas, Zorak —asintió ella, ceñuda, aún con el gesto fiero de la luchadora que no ha salido del trance de la batalla—. Eres quien dirige esta comitiva, después de todo. Tus deseos son órdenes.

Había hablado con cierta sequedad, áspero su tono. Zorak la miró de soslayo, sin decir nada. Yalia limpiaba su espada y su daga en unas anchas hojas de amarillentas fibras, que crecían al borde del sendero, y se apartaba de él, echando a andar en solitario.

Yulk se aproximó a Zorak, contemplando con asombro los despojos sangrientos de la lucha titánica mantenida con los mutantes.

—Qué horror, Zorak... —se lamentó—. Nunca vi seres más espantosos y feroces...

—Hubieran podido ser hombres normales, Yulk, no lo olvides —le habló Zorak con tono grave y voz profunda—. Pero nacieron deformes y se fueron convirtiendo lentamente en lo que son ahora. Las demás gentes los apartaron, y han terminado refugiándose en desiertos y riscos, evolucionando como lo hacen, hasta ya no ser apenas humanos... Eso forma parte de lo que hicimos. De lo que hicieron otros hombres como nosotros, bien lo sabes. Hay que compadecerles más que odiarles, aunque la ley de la supervivencia nos obligue a luchar y matar.

—Sí, Zorak, lo entiendo : —murmuró Yulk cansadamente—. Lo entiendo muy bien...

La marcha continuó, inexorable, bajo un sol cálido, nublado por

los eternos vapores que envolvían durante siglos la Tierra, convirtiendo, los días en tristes crepúsculos eternos, y las noches en oscuridad sin luz de estrellas. .

Delante de todos, Yalia, caminando con firme paso, vibrantes sus carnes, poderosas sus nalgas entre las placas de acero de su atavío de guerrera, fuertes sus muslos de amazona indómita, ondeante al aire el oscuro cabello, que golpeaba sus desnudas espaldas.

—¿Qué te ocurre, Yalia?

La pregunta llegaba de sus espaldas. Zorak caminaba con larga zancada, tratando de mantenerse cerca de ella. La mujer sacudió su cabeza, hosca.

—Nada, Zorak. No me ocurre nada. —Pareces disgustada por algo. ¿Qué es lo que te turba o contraría?

—¿Y tú me lo preguntas? —súbitamente se paró en seco. Giró su cuerpo hacia él. Sus ojos profundos fulguraban. Su boca temblaba de ira, y sus potentes senos se agitaban estremecidos por la respiración entrecortada de su fatiga, su recuperación de la reciente batalla y también, quizá, su enfado interno—. ¿Tú preguntas esas cosas, Zorak?

—¿Quién, si no? Hemos sido compañeros uno del otro durante varias batallas. Nunca te vi como ahora...

—¡Entonces era distinto, Zorak! —gritó ella, airadamente.

—¿Distinto? Nunca es diferente. Se lucha, se mata o se muere —se encogió de hombros el titán—. ¿Cuál es el motivo de tu disgusto en esta ocasión?

—Todo, Zorak. ¡Todo cuanto sucede? Estas luchas, este camino interminable, esta estúpida aventura... ¿Adónde vamos? ¿Qué buscamos o defendemos? ¿Qué nos espera al final? Eso quisiera saber yo. Desde que te han cambiado la mente, eres un hombre pensativo, preocupado, extraño y lejano. Ya no eres Zorak. No *mi* Zorak de siempre. Ni siquiera tus brazos poseen la misma pasión de entonces. No me deseas como cuando eras sólo un guerrero cuyo solo instinto era luchar, cuya razón era ganar unas monedas como mercenario o defender un Ideal en el que creías. Era hermoso todo eso, Zorak. Era lo que hacía de ti un hombre con calor con sentimientos, con todo lo que yo amaba.

—Yalia, ¿qué ves ahora en mí que me haga diferente?

—Todo. Piensas. Reflexionas. Quizá recuerdas. Sí. Recuerdas

cosas que nunca viste, pero que esos locos metieron en tú cabeza. ¿Y para qué? ¿Para saber todas las cosas del mundo? ¿De *qué* mundo, Zorak? ¿Del *qué* ellos mismos hicieron pedazos hace muchos siglos ya? ¿De lo que ya no existe ni volverá a existir jamás? ¿De qué te servirá a ti, guerrero y luchador, ablandarte por viejas cosas sin sentido que nadie, excepto tú, conoce? ¿Qué defiendes? ¿Algo que está muerto? ¿Luchas por esa loca idea que mantiene vivos a esos pobres enfermos condenados a, extinguirse en su barco, que son Los Guardianes de la Ciencia? ¿Sólo por eso, y por buscar un trozo despiedra que no vale nada para nosotros, y que defienden mil hombres armados y mil trampas inaccesibles, arriesgamos nuestras vidas, sin cobrar una sola moneda? Note entiendo Zorak. Ni quiero entenderte. Cuando, lleguemos a Hydra... seguiremos diferentes caminos.

¡Yalia!....

—Está resuelto —la hembra apretó fuertemente sus carnosos labios—. No trates de volverme atrás. No lo lograrías. Buscaré otra clase de hombre. No será como tú. Pero será un hombre de mi clase. Cómo todos nosotros. No un fantasma con la cabeza llena de cosas que nunca vio y que ya no sirven para nada...

Echó a andar, con paso enérgico, nuevamente. Zorak no dijo nada. Pero, súbitamente, saltó sobre ella con la fiera del tigre, y la derribó por tierra, dando volteretas, en tanto empuñaba su espada sin pérdida de tiempo.

—¡Cuidado! —aulló—. ¡Gente emboscada! ¡En esas: rocas!

Yalia juró entre dientes, sobresaltada. Yulk buscó, su arma térmica, con temor. De detrás de las rocas asomaron unas cabezas humanas, sobre el destello de unas espadas de afilado acero...

Capítulo II

EL TRAIADOR

—¡No atacéis!!—gritó, una voz—. ¡Somos amigos! La espada de, Zorak osciló en el aire, apunto, de herir. Su vozarrón replicó, agresivo:

—¡No tengo amigos en Zeikal! ¡Rendíos o moriréis!

Las espadas cayeron. El acero golpeó sordamente las piedras grises. Los dos hombres alzaron sus brazos al cielo, en señal de rendición. Los aceros de Zorak y Yalia, se mantuvieron en vilo, expectantes.

—Nos entregamos, Zorak —dijo uno, de los hombres con sumisión, saliendo de su escondrijo en las rocas. —¿Qué diablos...? —jadeó Zorak—. Por Dios, que no entiendo cómo sabéis mi nombre...

—No hay duda. Pareces un peregrino. Y tu aspecto es, realmente, el de un hombre superior... —habló el desconocido, contemplando la figura gigantesca del guerrero—. Acabas de nombrar a tu Dios. A uno solo, que es el nuestro, hermano. El único Dios que admitimos los rebeldes...

—Rebeldes... ¿a quién?—desconfió aún Zorak.

—Al Gran Duque Worsov —explicó el otro—. A la tiranía. Al feudalismo, a la ignorancia, al terror de las gentes humildes que sueñan con la redención futura de los humanos... ¿Lo entiendes bien, Zorak?

—Lo entiendo muy bien, sí. Yo he sido siempre rebelde a todo eso también. Pero sigo sin entender cómo conocéis mi nombre.....

—Sabemos algunas cosas más sobre ti —dijo el desconocido—. Eres el superhombre de los Guardianes de la Ciencia. Vas hacia Hydra, adonde esperas llegar con la luna llena... Superaste las

pruebas de las Tierras del Miedo, y la gente del Gran Duque te teme por algo...

Estupefacto, Zorak cambió una mirada con Yalia y con Yulk. Las revelaciones de los desconocidos le dejaban realmente perplejo. Aquello no tenía sentido?

—¿De dónde venís? —preguntó secamente. —De las aldeas de la laguna —explicó el otro—. Las hordas mercenarias de Kahn mataron a toda nuestra familia: padre, hermano, parientes, sobrinos que sólo contaban siete y ocho años de edad... Una masacre atroz. Mi hermano Thor cortó la mano zurda al capitán Kahn, pero eso le costó la vida, como a todos los : suyos. Nosotros íbamos a morir matando, cuando mi hermano Kazz pensó que era más inteligente venir a reunimos contigo y contarte cuanto sabemos. El es Kazz —señaló a su compañero—. Yo soy Yamor. Nos persiguen. Tenemos la cabeza a precio en el ducado. .

—Si todo eso es cierto, ¿cómo sabéis mi nombre y esos detalles, Yamor? Es lo único que aún no está claro, ni mucho menos...

—Kahn recibió un mensaje, cuando íbamos a matarle. Eso nos hizo cambiar los planes

—¿Mensaje? —pestañeó Zorak—. ¿De quién?

—No lo sabemos. Parecía muy excitado. Sus soldados le entregaron un trozo de piel con un texto que leyó en voz alta. Decía cuanto te relato, Zorak. Así supimos que usabais el viejo camino de las caravanas, que te acompañaban una mujer y un rubio individuo... Y que tu destino era Hydra...

—Dijiste algo más: Los Guardianes de la Ciencia.

—Sí. El mensaje hablaba de ellos.

—Y un superhombre...

—Tú —afirmó Kazz, aproximándose—. La noticia pareció enfurecerle. Pero dispusieron una emboscada en Hydra para ti y los tuyos...

—Dijisteis algo más —insistió, obstinado, Zorak—: La Tierra de los Muertos...

—Sí, es cierto. El mensaje citaba que habías salvado esa prueba.

—Nadie podía saber que estuvimos en la Tierra, de los Muertos, como tampoco podía nadie saber que nosotros pensábamos llegar a Hydra la noche de luna llena... Sólo nosotros tres conocíamos esos hechos, Kazz.

—Ya ves que nosotros los sabemos —suspiró Yamor—. Como lo sabe Kahn y, a éstas horas, sin duda, también el Gran Duque Worsov...

—Ellos lo saben por un mensaje, sí. Como vosotros. Pero ¿quién escribió y envió ese, mensaje?

—Lo ignoramos. Parece ser que llegó con algún ave mensajera. Lo llevaban dos arqueros mercenarios...

—Una traición... —jadeó roncamente Zorak. Se volvió despacio hacia Yalia. La miró fijamente. Ella, turbada, dio un paso atrás—. Yalia... ¡Yalia!.

—¿Por qué me miras así? —jadeó ella, palideciendo de repente—. ¿Qué estás pensando, Zorak?

—Yalia, tú... ¡Tú hiciste eso! ¡Tú me vendiste al enemigo, antes de abandonarme en este viaje! ¡Ibas a dejarme solo en Hydra para que me exterminasen!

—¿Te has vuelto loco, Zorak?

—Yalia, has dejado de sentir algo por mí, Quieres que caiga, víctima de esos conocimientos y poderes que desconoces tú y que tanto detestas... ¡Me has vendido, maldita!

Y cayó sobre ella, abofeteándola tan rudamente, que la poderosa guerrera de las amazónicas junglas de Hiérades, rodó por el suelo, con un gemido.

Asombrados, Kazz y Yamor asistían á la inesperada y violenta escena. Yalia, apenas besó el suelo, se tocó la boca, de cuya comisura goteaba un delgado hilo de sangre. Miró rabiosamente, con una salvaje cólera en su rostro, hermoso e indómito, al hombre que la había golpeado.

—Me golpeaste... —jadeó—. ¡Has humillado y ofendido a Yalia, la Amazona! ¡Esta clase de ofensas sólo la sangre puede lavarlas, orgulloso y torpe Zorak!

Y se puso en pie de un salto, violentamente, desenvainando su espada y su daga, y precipitándose, con un aullido guerrero, sobre la figura atlética y poderosa de Zorak.

* * *

Le hubiera atravesado con su espada o su daga, de no estar tan diestro Zorak en evitar el choqué y desviarse con un salto formidable de sus musculosas piernas. Los ojos del guerrero despidieron chispas.

—¡Suelta esas armas, estúpida! —rugió—. ¡Perdonaré tu vida, traidora, pero vete lejos de mí, ahora mismo, envainando tus armas! Trataré de olvidar la infamia: que cometiste conmigo, llevada por tus extraños sentimientos de odio hacia lo que no entiendes.

—¡Vete al infierno, Zorak! —rugió ella, arrogante y decidida, sin soltar sus armas y volviendo a la carga, tenso y crispado todo su cuerpo de mujer musculosa, fuerte y bravía—. ¡Me ofendiste, de palabra y de hechos, imaginándome una traidora y golpeándome salvajemente! ¡Eso no lo perdonaré nunca! ¡Yalia no perdona la humillación, bien lo sabes! ¡Por muy superior que te creas, por culpa de esos locos científicos, lucharé contigo hasta que uno de los dos muera!

Saltó sobre él como una tigresa, vibrante la carne de su cuerpo semidesnudo, potente como el de una mítica valquiria de lejanas leyendas muertas. El acero buscó a Zorak, pero no lo encontró. Él había saltado limpiamente una vez más, eludiendo el ataque, sin defenderse de ella.

Esto parecía enfurecer más todavía a Yalia, que: forcejeaba por batir a Zorak de alguna forma. Cualquier hombre vulgar, cualquier guerrero incluso, hubiera caído bajo sus embates devastadores. Zorak parecía jugar con ella como el gato con el ratón. Hasta que, tras un nuevo y exasperado ataque de la mujer provista de doble arma afilada, pareció cansarse del juego y descargó, su propio zarpazo en la hembra indómita. Zorak, disparó uno de sus poderosos, brazos bruscamente. Golpeó de lleno en un brazo de Yalia. Gritó ella, abriéndose sus dedos doloridos, y saltó lejos la espada, quedándose sólo con su daga, que buscó la carne de Zorak sin encontrarla, aunque logró causarle un largo rasguño sanguinolento en el hombro derecho.

La vista de la sangre espoleó a Yalia, que emitió un grito bélico y lanzó varios tajos de su acero contra la figura huidiza de Zorak. El soltó su segundo zarpazo. Al saltar, disparó súbitamente sus piernas, enroscando las en el cuello de Yalia, y, volteando a la joven guerrera, que aulló, presa de aquella férrea tenaza humana, le hizo perder la daga también...

Ambos cuerpos rodaron por el polvo, enzarzados en salvaje abrazo, luchando como si fueran dos hombres y no dos seres de diferente sexo. El embate era rudo y no había sensualidad alguna en

él, sino fiereza latente en ambos. Brazos, piernas y cuerpos se apretaban entre sí, y sólo la mayor tersura y fragilidad de la carne femenina, pese a su potencia atlética permitía distinguir las formas de Yalia de las de Zorak, el guerrero.

Finalmente, éste alzó en vilo a Yalia, con una sola de sus manos, sujetándola por la cintura, y la hizo girar en el aire repetidamente, mientras ella manoteaba y forcejeaba en vano por salir de su poco airosa situación actual. .

—¡Suéltame! —gritaba—. ¡Te odio, hijo de mil perros sarnosos! ¡Déjame, libre y te daré un escarmiento, sucio bastardo de alma negra, y soez! ¡Te odio, te detesto, juro que te arrancaré el pellejo a tiras!...

Zorak reía roncamente. Por último, detuvo los giros de su víctima, y dejó caer a ésta al suelo. Rodó Yalia por el polvo, jurando indomable, y cuando quiso incorporarse, el pie de Zorak se apoyó, férreo, en sus pechos, impidiéndola moverse.

—Quieta ahí —silabeó—. Esta lucha hubiera terminado en caricias, Yalia, tú lo sabes. Pero en otro momento, no ahora. Eres una gata furiosa, sólo eso. Me gusta tu modo de ser. Lo que no me gustó fue tu traición. No hacía falta venderme a esos asesinos, Yalia. Nada de eso arreglará las cosas. He elegido un destino y lo seguiré, ocurra lo que ocurra, te guste o no. De mí, un simple cadáver, hicieron un hombre nuevo. Les debo lo que soy. Creo en sus principios, y estoy seguro de que sólo el regreso a la Ciencia, al saber, a la cultura y al arte, podrá salvar al mundo de la miseria humana, física y mentalmente, en que ahora vive. Cuando te levantes, toma tus armas y cosas, y vete. Vete lejos de mí, Yalia. No quiero traidores a mi lado. Pero tampoco tendría valor para matarte como mereces. Vete. Será lo mejor para ambos...

Hubo un profundo silencio. Yalia le miró desde el suelo, jadeando, sin dejar de murmurar entre dientes. Pero ahora calló, apretando los labios. Su cuerpo magnífico aparecía cubierto de sudor y polvo. Los cabellos se adherían a su rostro enfurecido.

—Sí, Zorak. Me voy —dijo lentamente, con voz sorda—. Y para siempre. Pero no olvides que humillaste en varias ocasiones a la única mujer que te amó siempre y que quizá sigue amándote a pesar de todo, aunque no te comprenda.

—¿Por amor me has traicionado? —dijo Zorak, desdeñoso.

—Yo nunca traiciono a nadie y menos a ti. Esa acusación es la peor de las humillaciones. La que no puedo perdonar. Adiós, Zorak. Tal vez hicieron de ti un superhombre, no lo sé. Pero tendrás que demostrártelo a ti mismo, cuando te des cuenta de tu error de ahora...

Se incorporó despacio. Tomó su daga y su espada. Las enfundó. Cargó con su bolsa de cuero, con alimentos, agua y cosas de su pertenencia. Tomó la capa viajera y la dobló, sin echarla sobre sus hombros. En silencio, se dispuso a partir.

Kazz y Yamor se miraron. Bajaron la cabeza. Luego, fue Kazz, quien antes miró en derredor, pareciendo extrañarse por algo.

—¿Y el hombre rubio, tu compañero de viaje, Zorak? No está... —comentó.

—¡Yulk! —rugió Zorak, repentinamente rígido. Giró la cabeza, le buscó con la mirada—. ¡EL TRAIADOR!

* * *

—El traidor... Yulk, un Guardián de la Ciencia... Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Zorak regresaba cansadamente de su búsqueda. No había dado con él en un amplia área de terreno. Descubrió las señales de su cabalgadura, pero eso era todo. Había tenido tiempo de ocultarse. El terreno áspero y pedregoso de las montañas era imposible de rastrear. No dejaban huellas las pisadas de hombres y animales en aquella piedra grisácea y lisa.

Regresó junto a los demás, irritado y furioso. Yalia esperaba, junto a su propio unicornio. No iba a marcharse por su propio pie. Era evidente que, para poner antes tierra por medio entre ella y Zorak, cabalgaría sobre el animal. Hasta entonces habían procurado evitar a los unicornios la fatiga de una prolongada cabalgata, cubriendo muchas millas a pie firme, llevando a sus monturas de la rienda.

—Se fue—dijo sordamente—. Escapó. Evidentemente, es el traidor. Pero no tiene sentido. El es uno de ellos, él colaboró en todo esto... ¿Por qué me ha vendido al Gran Duque y a sus mercenarios?

—Si me hubieras dejado hablar, te hubiera informado —dijo Yalia—. Apenas hablaron estos hombres, supe quien era el traidor....

—¿Tú lo sabías? —dudó Zorak, mirándola aviesamente.

—No podía sospechar de él. Pero cuando supe que los mensajes se habían enviado por medio de un ave mensajera, entendí. Yo vi en dos ocasiones, durante el viaje, a Yulk jugueteando con gatos voladores... Son dóciles, se dejan coger... ¿Cómo podía sospechar que pondría un mensaje en una de sus patas, para que volase él animal hacia el Norte, que es su ruta habitual, hasta ir a parar a manos de los arqueros de Worsov?

—Yulk, un traidor... —Zorak sacudió su rubia cabeza con estupor—. Eso no tiene sentido...

—Lo tenía para ti que fuese yo la traidora, ¿no es cierto? —hubo amargura profunda en el tono de Yalia, la amazona—. Bien, Zorak. Hasta un superhombre puede equivocarse. Mal utilizaste esta vez la inteligencia de que te dotaron tus amigos, los científicos... Lo lamento por ti. Tendrás que ser más listo en el futuro, si quieres ser ese hombre superior que sueñan los científicos... Personalmente, te deseo suerte. Y acierto. No me gustaría saber que Zorak, el guerrero, que se creyó infalible, ha muerto estúpidamente, en cualquier emboscada que su instinto no supo adivinar por creerse demasiado sabio...

—¿Te vas, definitivamente, Yalia? .

—Me voy, sí. Definitivamente. Y no porque tema al Duque ni a los mercenarios que te esperan en Hydra, sino porque te temo a ti. Y a lo que significas ahora. Si alguna vez cambio de idea, quizá vaya en tu busca. Pero no te hagas muchas ilusiones. Adiós, Zorak.

Hizo un gesto de despedida a Kazz y a Yamor. Luego, subió de un salto a la grupa de su unicornio de roja piel, y le espoleó con sus talones desnudos. Empezó un furioso galope, entre La polvareda gris. Se perdió en la distancia, entre los riscos cenicientos.

—¡Yalia... —suspiró Zorak. Bajó la cabeza, sombrío—. La he perdido... La he perdido. ¿Significa eso que debo renunciar a cuanto amo, sólo para, ser lo que ellos quieren que sea?

—Si Los Guardianes deja Ciencia te eligieron para ese destino, Zorak, será así —afirmó Kazz con énfasis—. La gente debe saber esto. Procuraremos extender la voz por cantinas y tiendas, por callejas y plazas... Cuando el pueblo sepa que existe un hombre superior, un enviado de los últimos depositarios de la Sabiduría y de los poderes del hombre libre, querrá tener derecho a cuánto se le

ha negado hasta ahora. Si la ignorancia y la tiranía le dieron hambre, miseria y dolor, querrá conocer algo diferente... Muchos te repudiarán, porque les recordarás horrores pasados. Pero la gran mayoría querrá creer en algo, en alguien. Tú puedes ser esa nueva fe de todos ellos... Zorak, pruébales que eres el superhombre esperado y el mundo entero se pondrá de tu parte, contra tiranos y mercenarios, contra ignorancia y superstición.

—Superhombre... —repitió Zorak, desdeñoso. Se encogió de hombros—. Ni siquiera sé si soy ya él mismo hombre que me sentía orgulloso de ser, antes de ahora. Mi cabeza hierve de conocimientos, de recuerdos impresos, de cosas que nunca vi, pero que sé cómo fueron... Demasiada confusión. Creí saberlo todo y me olvidé de lo más importante, de lo que tenía más cerca de mí. ¿Es eso un superhombre, amigos míos? Ni siquiera puedo suponer por qué me traiciona un hombre de quién se supone que debería esperar fidelidad y ayuda hasta morir. Fue siempre un leal servidor de la Ciencia. ¿Por qué ahora... es un traidor?

—Zorak, ni los superhombres son capaces de comprender al hombre y sus paradojas —suspiró Kazz tristemente. Luego, miró con sorpresa el torso del guerrero—. Zorak, tu herida... Ésa mujer te hirió con su daga cuando luchabais...

—Es cierto —Zorak se quitó la sangre de un manotazo—. Nada serio. Sólo un rasguño y...

Enmudeció repentinamente. Ni siquiera había sido un rasguño, aunque él sabía que la punta del acero penetró casi una pulgada en su carne. Bajo la mancha de sangre que acababa de limpiar.. no había nada.

La piel aparecía tersa, bronceína, dura y tirante como una envoltura de delgada lámina metálica, ciñendo sus poderosos músculos. Ni señal de corte alguno. —No lo entiendo... —manifestó sorprendido—. Debía haber una señal...

—Zorak, ¿no lo entiendes? —murmuró Yamor, como hipnotizada—. Tu cuerpo también es superior ahora. Los Guardianes de la Ciencia hicieron de ti lo querían dicho un superhombre. Tus heridas cicatrizan inmediatamente. Y desaparecen. No puedes ser herido de muerte. Eres invulnerable. Eso significa que si tu cuerpo es invencible, tu mente ha de serlo también. ¡Eres el ser superior que puede cambiar el curso de la

Historia otra vez!

Y ambos le miraron con veneración, con respeto y fe infinitos...

—Un ser superior y ni siquiera he sido capaz de conservar conmigo a quien amo —murmuró tristemente Zorak, perdida su mirada en la distancia, por donde se alejara para siempre Yalia, apartándose de su vida— Todo porque alguien me traicionó. Alguien en quien no podía desconfiar... ¿Por qué? ¿Por qué Yulk hizo eso?

Capítulo III

HIDRA

—¿POR qué, Yulk? ¿Por qué hiciste eso?

El capitán de mercenarios Kahn se mantenía erguido junto a los dos hombres que hablaban en la fresca, umbría terraza de blancas columnas, asomada a la plaza central de la ciudad de Hydra, capital comercial y política del ducado de Zeikal. La mano zurda del guerrero, mutilada en las matanzas de las aldeas de la laguna, aparecía ahora burdamente imitada con un rígido guante negro de cuero, sujeto al brazo, y relleno de metal para darle apariencia de auténtico miembro humano.

El huésped del palacio del Gran Duque Wodsov no respondió en seguida. Estaba saboreando frutos jugosos, de la bandeja de oro que los sostenía, en medio de la mesa de mármol en que se acomodaba el tirano de Zeikal, rodeado como siempre de sus más exuberantes y bellas favoritas.

—Dime, Yulk, amigo —insistió melifluamente el Gran Duque, su maligna mirada negra clavada en el rubio joven que se acomodaba frente a él—. ¿Por qué traicionaste a Zorak, tu amigo?

—Zorak no es mi amigo —cortó secamente Yulk, probando un sorbo de vino dorado, de una jarra de oro salpicado de piedras preciosas de gran valor—. Sólo un producto de laboratorio.

—¿Un producto... de qué? —indagó Worsov.

—No lo entenderíais, señor —suspiró Yulk—. Lo crearon mis colegas, Los Guardianes de la Ciencia. Una especie de máquina. Un monstruo para aniquilar. Era casi cadáver cuando lo tomaron de un campo de batalla. Había sido el mejor guerrero en Clepsios. Él solo, mató a cien soldados mercenarios vuestros, Gran Duque, antes de caer herido por una docena de espadas. Así llegó a la nave de la

Ciencia...

—Oh, esa nave que citaste antes... —rió entre dientes el Gran Duque. Miró, pensativo, enarcando sus negras cejas, a Kahn—. ¿Se han enviado los oportunos mensajes a las fuerzas navales destacadas en las costas de Clepsios?

—Sí, mi señor —afirmó el mercenario—. Esa nave será destruida, con todos cuantos se hallen, a bordo. La Ciencia será aplastada.

—Perfecto —rezongó Worsov reclinándose sobre el regazo de una hermosa favorita—. Tú, mi buen amigo Yulk, que tan útil me estás resultando a cambio de tu vida y de tu bienestar en mi palacio... ¿por qué obras así? ¿Qué te impulsa a vender a tus amigos y colegas? ¿Qué, té hizo traicionar, al hombre elegido por los depositarlos de la Sabiduría para aniquilarme a mí y a los demás señores feudales, de la Tierra?

—Es difícil de explicar. Tan difícil como contarte que la Cibernética de siglos pasados, los conocimientos del hombre sobre técnicas bioquímicas y cosas parecidas, podían revitalizar y regenerar un cuerpo casi muerto del todo, volviéndole a la vida y dotándole de poderes especiales que lo hacen, casi invulnerable.

—¿Casi invulnerable? —repitió el Gran Duque—. Tendremos que hallar ese *casi*...

—Yo os lo revelaré, no temáis. En cuanto a su cerebro... Existen métodos complejos, que vuestro conocimiento no puede imaginar, para inculcar en una mente lúcida, sana y fuerte, como la de un hombre joven, casi virgen de ideas, y conocimientos, toda clase de conocimientos, de «recuerdos» grabados y registrados en sistemas imposibles de imaginar por vos y vuestras generaciones... Así, un hombre aprendería en pocas fechas lo que necesitó de siglos en otras épocas. Y sus conocimientos de química, física, biología, artes, ciencias, técnica, mecánica, religión, literatura y cuanto el antiguo ser humano llegó a dominar, serían virtualmente totales. En suma, ese hombre sería, a no dudar el futuro archivo intelectual y cultural de la Humanidad. Y a su vez, por medios científicos, le sería dado transmitir parte de sus conocimientos a otros hombres, creando así una nueva raza de cultura, sabiduría, y ciencia.

—¡Cultura, sabiduría y ciencia! —rugió Worsov, colérico—. ¡Todo lo que destruyó una vez al mundo! ¡Todo lo que las gentes

consideran maldito y nefasto lo que debe ser borrado de la faz de la Tierra por los siglos de los siglos!

—Quizá tengáis razón —convino Yulk amargamente—. Creo que es mejor mantener a los demás en la barbarie y la oscuridad. Sólo eso hace ricos y poderosos a unos pocos hombres que se consideran privilegiados. Como vos, mi señor.

—Como yo... ¿y por qué no, también, como tú, astuto e inteligente amigo: Yulk? —silabeó el Gran Duque—. Has sido capaz de llegar a mí y verte libre, a salvo y como huésped en mi propio, palacio, siendo un Guardián de la Ciencia. Eso en otro momento, hubiera sido considerado una locura absoluta. Pero sé que buscas algo más. Algo, que debe significar, mucho: para ti o, de otro modo, no hubieras renunciado al resto de tu vida anterior, para vender a los tuyos y venir a Hydra... ¿Me equivoco, Yulk?

—No, no os equivocáis, mi señor —negó Yulk, con i una sonrisa ladina—. La verdad es que, si he de seros sincero, sólo pensaba ser yo el hombre más poderoso de la Tierra..., pero no tendría inconveniente en compartir ese conocimiento y ese poder, con vos si os decidís a colaborar...

—¿Colaborar? ¿Yo? —el Gran Duque soltó una carcajada—. ¿En qué, amigo Yulk? Poseo cuanto deseo. ¿Qué más puedo pedir?

—Algo que no poseeréis jamás sin mi ayuda —dijo fríamente Yulk, irguiéndose entre los cojines de colores que le servían de asiento—. La inmortalidad, Gran Duque. La vida eterna... ¡la juventud eterna! Y ser el hombre más fuerte de, la Tierra...

Atónito, el Gran Duque contempló a su interlocutor. Y supo, que no mentía. Algo le dijo que aquel rubio joven, traidor a todos los suyos, ocultaba algo en su mente. Un secreto, un conocimiento profundo, como científico que era, de algo capaz de dotar al ser humano de lo máspreciado imaginable. De lo que no había tesoro en el mundo capaz de adquirir: la eterna juventud... ¡La inmortalidad!

—«Habla —dijo roncamente, con ojos fulgurantes, con manos temblorosas de emoción—. Habla, amigo Yulk. Y si eso que me dices es cierto... cuenta conmigo incondicionalmente. Te haré el hombre más rico y poderoso del mundo. ¡Ambos compartiremos este planeta! Y seguro que habrá suficiente para ambos...

—Seguro, Gran Duque —sonrió Yulk, asintiendo. Y pensaba

interiormente: «Imbécil... Cuando llegue el momento, sólo yo sobreviviré, seré eternamente joven, y tendré cuanto desee. Tú serás muerto. Aplastado por mi poder.»

Worsov sonreía. Sus dedos, temblorosos, arrojaron ante Yulk bolsas de monedas relucientes, de oro puro, que Kahn contempló con codicia, y Yulk despectivamente mientras el Gran Duque pensaba para sí:

«Necio... Sigue pensando en compartir poder y eternidad conmigo... ¡Sólo Worsov tiene derecho a tales dones! Se aprovechará de tu sabiduría, maldito traidor ambicioso, y luego te aplastará como a una alimaña, cuando todo le pertenezca...»

—Bien, Yulk, amigo... —habló roncamente el Gran Duque—. Y... ¿cuál es el medio de obtener ese poder, ese don maravilloso de que hablaste? ¿Qué debo hacer para que ambos logremos: lo que hombre alguno alcanzó jamás?

—Traer a esta ciudad algo que sólo vos podríais robar, usurpando su custodia, mi señor —murmuró Yulk con expresión astuta.

—Di qué es ello y lo traeré. Mis huestes no se detendrían ante nada para complacer una orden mía. Dime qué alquimista, qué mágico elemento, qué espécimen extraño precisas... ¡y será tuyo en pocas jornadas, esté donde esté! Habla, Yulk habla..., ¿Qué es lo que debo robar y traer a Hydra?

—La Piedra Negra de los dioses, mi señor —fue la escueta respuesta de Yulk, ante el asombro infinito del Gran Duque y el terror supersticioso del fiero capitán Kahn, .

* * *

—La Piedra Negra... Es la pieza, más sagrada de toda Ulania.

—El Rey Doria la protege con cientos de guardianes armados, en la plataforma de los dioses...

—Cierto, mis amigos —el hombre de barba larga y canosa, apoyado, en su cayado, vestido andrajosamente y muy curvado de espaldas, asintió, en el rincón sombrío de aquella sucia cantina de los suburbios de Hydra, donde se hallaba reunido con los dos jóvenes vestidos de mercaderes—. Es la pieza más venerada del mundo. Se dice que sana dolencias a quien va a verla en peregrinación, y es bien cierto. No hay milagros ni magia en ello. Es simple, lógica científica.

—¿Lógica científica? Zorak, ¿qué significa...?

—Chist, Kazz... —susurró el «anciano», inclinando más aún la cabeza sobre los cuencos de barro, mediados de vino ácido—. Nada de nombres, ni siquiera aquí. Hydra es un hervidero de soldados y patrullas. Nos esperan, y han tomado sus medidas. A estas horas, Yulk debe estar en el palacio del Gran Duque. Y saben a quiénes buscar, aunque ignora que Yalia nos abandonó en el camino...

—Hablabas de la Piedra Negra, Zorak —le recordó Yamor, curioso—. ¿Cuáles son sus propiedades curativas?

—Son algo más que eso, Yamor —sonrió Zorak bajo su disfraz de falsos pelos canosos—. Es una piedra radiactiva.

—¡Radiactiva! —se sobresaltó Kazz—. He oído hablar de eso a un viejo filósofo que recordaba antiguos libros de historia muerta... Fue algo de lo que destruyó al mundo...

—Sí, pero no me refiero a la misma clase de radiactividad. Aquélla la generó un ingenio hecho por el hombre. Un explosivo letal de efectos terroríficos. Lo llamaban energía termonuclear. Hubo reacción en cadena y... En fin, ¿a qué hablar de ello? —suspiró—. Se golpeó la frente—. Mi mente lo tiene grabado, y hasta yo mismo me horrorizo al evocarlos, aunque jamás lo vi, salvo con los ojos de mi cerebro, una vez saturado de imágenes, ideas y conocimientos. No, amigos. Es *otra* radiactividad. Es una piedra cósmica.

—¿Cósmica?

—Significa que llegó de arriba. De otros mundos —señaló al techo de la cantina, y ellos entendieron que significaba el cielo, el palio de nubes, y mucho más allá: las estrellas remotas, quizá—. Un fragmento llegado del espacio. Un meteorito. Su estudio hace suponer que procede de Plutón.

—¿Plutón?

—Nadie sabe ahora lo que es eso. Un planeta, el más lejano del Sistema Solar. Un mundo frío y lejano en apariencia. Según algunos, un mundo artificial, acaso un gigantesco planeta de metal, hecho por razas inteligentes de otras galaxias... No, no entenderíais. Es demasiado, para el atrofiado cerebro del hombre actual... Pero significa que esa piedra posee particularidades increíbles. Los Guardianes de la Ciencia la estudiaron a distancia, a través del análisis especial, logrado por un falso peregrino que llegó hasta ella

y pudo fotografiarla en una imagen tridimensional, registrando a la vez su radiación. Sé que no entendéis bien mi explicación, pero bastará con que sepáis que esa piedra, en su análisis, reveló propiedades fabulosas. Es capaz de regenerar los tejidos humanos y dotarlos de una resistencia ilimitada al desgaste físico de la existencia. En suma concede una vida virtualmente eterna a quien se bañe en su radiación pero, en determinadas circunstancias que sólo la Ciencia puede señalar y graduar adecuadamente. Otra cosa, significaría la muerte o la destrucción celular, tal es su energía acumulada.

—Pero Yulk es un científico. El puede... —comentó Kazz, alarmado.

—Sí. Lo he pensado. Y he sabido entonces por qué Yulk me traicionó a mí ya los suyos. Es la piedra. Sabe su valor. Sabe que, en sus manos, con su conocimiento científico, puede graduar su terrible poder y hacer de ella, un medio de dominio, de privilegio para sí y para quien le ayude, si es que no lo traiciona antes, como es su costumbre.

—¡El Gran Duque! El es amigo del Rey Doria... El monarca de Ulania no sospechará nada y Worsov podrá robar la piedra y entregársela a Yulk para su manejo... —señaló Yamor, alarmado.

—Cierto —asintió gravemente Zorak—. Es lo que me temo que esté ocurriendo... Por eso necesitamos imperiosamente permanecer en Hydra, aun con todos sus riesgos. Y esperar. Esperar a qué todo suceda como Yulk prevee, y después..., .

Se detuvo. Giró la cabeza Zorak. Los tres hombres permanecieron quietos y encogidos, cabizbajos sobre la mesa y los cuencos de vino. La puerta de la cantina se había abierto, para dejar paso a una patrulla de diez hombres armados hasta los dientes. Las vacilantes llamas de los candiles del local, se reflejaron en las bruñidas armaduras de los mercenarios del Gran Duque.

—¡A ver, todos vosotros!—tronó la voz de un oficial—. Mostrad vuestros documentos legales, sellados por el jefe de la guardia. Hay intrusos peligrosos en Hydra, asesinos enviados por los enemigos del pueblo... Deben ser hallados y muertos.

—No, tenemos documentos, de esa clase —señaló roncamente Kazz—. Han debido dotar de ellos a ciudadanos y mercaderes... ¿Qué hacemos, Zorak?

—Tener calma, sobre todo —habló fríamente el guerrero disfrazado—. Pensemos algo, mientras llegan a la mesa.

—No hay tiempo de pensar. Cuando estén aquí y no mostremos credencial alguna, nos pasarán a cuchillo, o nos conducirán a las mazmorras, hasta ser ejecutados en la plaza pública...

—Calma. Tienen bastantes mesas por recorrer antes de llegar aquí y esto está muy oscuro —silabeó Zorak.

—¿Qué ganaremos con ello?

—Tal vez lo suficiente. Ved esa mesa de al lado... Hay cuatro hombres que dormitan su borrachera. Quitadles las credenciales. Tú, Yamor, puedes hacerlo casi sin moverte. Te cubriré, si hace falta. Vamos, rápido. Con tres documentos bastará... Luego, nos dirigiremos hacia la salida, como si tuviésemos prisa. Nos pedirán las credenciales, y nos dejarán ir. Luego, una vez en la calle, habrá que correr, si esos borrachos aseguran que fueron robados, y ellos lo aceptan así.

Todo se hizo como dijo Zorak. Yamor obtuvo los tres salvoconductos firmados. Los metieron en sus ropas y se dirigieron a la salida. El oficial de la guardia les detuvo con su espada por delante.

—No tanta prisa, rufianes —masculló—. ¿Adónde pensabais ir?

—Somos mercaderes, oficial —dijo plañideramente Zorak, con el cuerpo muy encorvado, mostrando su salvoconducto—. Nos espera mucho trabajo al amanecer y llevamos demasiado vino encima...

—Está bien. Primero deberéis mostrarme los tres vuestros documentos —les estudió, ceñudo, desconfiado—. Sin ese requisito, nadie sale de aquí, aunque jure ser el Gran Duque en persona.

Revisó los papeles. Hizo un gesto, devolviéndoselos.

—Pasad —ordenó. Miró al soldado de guardia en la puerta—. Deja pasar a éstos. Todo está en regla...

Salieron presurosos de la cantina. Emprendieron veloz carrera en la noche, metiéndose por el dedalo de sucias callejuelas de los suburbios de Hydra. Súbitamente, a sus espaldas, sonaron gritos y carreras. De la cantina llegó un clamor. Zorak se paró en seco, despojándose de su disfraz.

—Vamos, hay que ocultarse. Dispersémonos. Los borrachos de la cantina debían ser conocidos. Ahora saben que nos hemos escabullido... pero nos tienen localizados. Van a batir este barrio

casa por casa, durante toda la noche e impedirán la salida a la zona alta de la ciudad, estoy seguro, con una barrera de soldados.

—¿Qué haremos entonces, Zorak? —se lamentó Kazz, ceñudo.

—Si logramos ocultarnos, esperar. Ulania está a dos días de marcha de aquí. Con cinco fechas de plazo, como, máximo, es seguro que el Gran Duque y. Yulk tendrán aquí, la Piedra Negra...

—¡Cinco días! ¿Cómo esperar esos días escondidos... y cómo llegar luego hasta la piedra, para evitar lo peor? —se quejó Yamor.

—Todavía no lo sé. Pero hay que intentarlo a toda costa. Es la única forma de salir victoriosos de Hydra y quizá de afrontar la lucha final con todas las bazas a favor. .

El ruido de la soldadesca por las calles se hacía más débil a sus espaldas. Sin duda, la patrulla se alejaba, desorientada en el dédalo. Pero Zorak sabía que no podían fiarse de eso. En pocas horas, las callejuelas hervirían de soldados mercenarios, pasando a cuchillo a todo sospechoso, si era preciso, para dar con ellos tres.

—Tengo una idea, —dijo súbitamente Zorak, parándose en seco junto a un, callejón sombrío.

—Di cuáles rápidamente, Zorak, o será tarde para intentar ponerla en práctica.

—Creo que tenemos un poco de tiempo para ello. Os hablé de la parte alta de la ciudad ¿no es cierto? Y de lo que será este arrabal en poco tiempo... Bien. Vamos a pasar a la zona aristocrática de la ciudad, a los edificios suntuosos de la plaza central.

—¿Te has vuelto loco? —protestó Kazz—. ¡Nos cazarán como en un juego de niños! ¡Es el último lugar al que se le ocurriría a nadie ir para ocultarse del Gran Duque y su tropa!

—Exacto —sonrió el guerrero—. El último lugar... Por eso lo he elegido. Vamos. Lo primero que hay que hacer, es conseguir ropa, y rápidamente. Luego... a vivir lejos de esta inmundicia, al menos durante cinco días...

Encontrar ropas costosas no fue difícil. Un cercano lupanar fue su solución. Zorak salvó la tapia, seguido de sus dos nuevos amigos. En una cercana cámara, hombres de negocios, ricos mercaderes de la ciudad, gozaban de sus horas de placer junto a las meretrices de Hydra, entre pebeteros de incienso y vapores perfumados. Sus lujosas ropas reposaban encima de unos muebles. Pasaron rápidamente a manos de los tres amigos.

Una hora más tarde, tres hombres lujosamente ataviados, con un carruaje también robado, avanzaban sin ser molestados por las avenidas y calles limpias de la mejor zona de Hydra, entre edificaciones suntuosas. Ni los mercaderes denunciarían el robo de que fueron víctimas, dado el lugar donde se produjo éste, ni el carruaje sería echado en falta, porqué bastaría con abandonarlo en cualquier callejuela, como si algún atrevido ladronzuelo hubiera querido apoderarse de él, fracasando en su intento.

Los tres falsos mercaderes se separaron, buscando alojamiento en dos diferentes hospederías, de las más ricas y caras de Hydra. Las monedas de oro Obtenidas igualmente por medios poco lícitos, pagaron generosamente el hospedaje de una semana anticipada. Nadie podía sospechar de tan espléndidos caballeros. Y así, dos hombres, Zorak y Kazz en un alojamiento, y Yamor en otro, se dispusieron a aguardar los siguientes días, procurando dejarse ver lo menos posible. Y no saliendo jamás de la zona más elegante y lujosa de Hydra, donde solamente pululaban caballeros y comerciantes ricos. Y no muy lejos, ciertamente, del palacio del Gran Duque Worsov...

Capítulo IV

LA PIEDRA DE PLUTON

«Cien monedas de oro por la cabeza de un guerrero arcario llamado Zorak. Veinte monedas de oro por cada uno de los ciudadanos de Zeikal, traidores al Gran Duque Worsov, y herejes compinches de Los Guardianes de la Ciencia, Kazz y Yamor. Se pagarán por los reclamados, vivos o muertos.»

El pasquín aparecía en todos los lugares de la ciudad. Con menor profusión en la zona alta que en los dédalos tortuosos de los arrabales y suburbios. Era una tentadora oferta, que explicaba el vivo interés del Gran Duque y de quien se mencionaba en cuchicheos como «el rubio y nuevo amigo de Su Excelencia», por acabar de una vez con la amenaza latente del superhombre.

Sin embargo, éste no se dejaba ver. Las patrullas recorrían incesantemente la ciudad, los registros y batidas eran constantes, la captura y ejecución inmediata de presuntos sospechosos era masiva, pero todo ello no servía para mucho. Zorak, el guerrero de los científicos, seguía sin dar señales de vida.

Eso, día a día, irritaba más a Worsov y a Yulk, su huésped. Pero

por otro lado, cada día les separaba menos de la llegada de la mágica piedra celeste a sus manos... Kahn y sus tropas hacía ya varias fechas que partieron hacia Ulania, en pretendida visita de cortesía y de ayuda contra una falsa amenaza de los hombres de los glaciares del Norte. La invasión de Ulania, la ciudad sagrada, la muerte del Rey Doria y de su guardia imperial, de servicio en la plataforma de los dioses, era cosa de horas, sorprendidos como serían por la furia de las armas traidoras...

Y la negra piedra del poder supremo, llegaría en menos de dos días a Hydra...

* * *

—Me preocupa ese silencio, ese vacío, señor...

—Mi querido Yulk, ¿por qué preocuparse por Zorak? —rió entre dientes el Gran Duque—. Mañana, tal vez, tengamos en nuestras manos ese símbolo de poder supremo... ¿Qué podrá hacernos entonces Zorak, el guerrero? Sólo posee inteligencia, y un tratamiento de su cuerpo que le proporciona cierta invulnerabilidad superficial, según me has referido en estos días. Precisa de la regeneración total que sólo da la piedra negra, para que pueda ser un superhombre inmortal, capaz de destruirnos y capaz de hacer partícipe al mundo futuro de los conocimientos nefastos del pasado. No te preocupes por él. Si está en la ciudad, acabará sin vida. Tal vez tuvo miedo y escapó. Por fuerte y sabio que ahora sea... no es más que un hombre, Yulk, no lo olvides...

—No lo olvido. Pero me preocupa... Ese hombre me preocupa mucho, Gran Duque... No descansaré hasta verlo muerto ante mí...

Un soldado jadeante entró en la cámara tras solicitar permiso al Gran Duque. Habló a éste en voz baja. Los ojos de Worsov brillaron. Se volvió, excitado, hacia Yulk.

—¡Albricias, amigo mío! —aulló—. Un mensajero de Kahn acaba de llegar a Hydra. Se adelantó a las tropas que regresan victoriosas de Ulania... ¡Kahn trae consigo la Piedra Negra! ¡Hemos triunfado! ¡Mañana mismo, amigo mío, esa piedra maravillosa estará aquí, en el palacio!...

Yulk humedeció sus labios, trémulo de emoción. Miró al exterior, ceñudo.

—Cielos, el momento soñado... —jadeó—. Gran Duque, intensifiquen esta noche las búsquedas... ¡Deben destruir a Zorak!

—Sí —afirmó el Gran Duque—. Así se hará, no lo dudes...

* * *

Desde la ventana de su lujosa habitación, casi frente por frente al palacio ducal, Zorak y Kazz miraban a la calle, agitada y bulliciosa como pocas veces la vieran en aquellos cinco días. Y no era fecha de mercado.

—¿Qué es lo que sucede, Zorak? —indagó Kazz, curioso y preocupado.

—No sé... Veo la soldadesca del Duque dirigirse hacia palacio. Parecen venir de los suburbios. Sin duda traen nuevos, prisioneros... Eso significa que los nervios andan excitados. Se aproxima el gran momento, no hay duda... La piedra debe estar ya en camino.

—Sí, mira. Traen a alguien entre ellos, en un carruaje jaula... Parece una sola persona. Cielos, espero que no hayan dado caza a Yamor... —se aterró de pronto su hermano. —No, no es Yamor —negó Zorak—. Parece un guerrero... Lleva coraza o algo parecido... Y tiene aspecto de guerrero, sí... ¡Oh, Dios, no! ¡No es posible! —Zorak, ¿qué te ocurre? —indagó Kazz, al descubrir su repentina lividez.

—Ese prisionero..., ¡Es ella, Kazz! ¡Es Yalia!...

Ambos hombres, demudados, contemplaron la figura encerrada entre los barrotes del carruaje jaula. Se agitaba, aferrando los hierros, insultando a sus captores, fiera y arisca como siempre. Pero desarmada, herida, vencida... Sus gritos roncos llegaron hasta Zorak en medio del griterío hostil de la multitud que escoltaba el vehículo.

—¡Cerdos! ¡No sé dónde está Zorak! ¡Pero nunca sabráis por mí nada de él, hatajo de bastardos asesinos! ¡Yalia no habla! ¡Yalia morirá con sus labios sellados, cobardes!...

—Cielos, Zorak... Esa muchacha... —Kazz miró angustiado, a su amigo—. Hay que hacer algo... o la torturarán horriblemente, para luego rematarla... —Sí —los labios, de Zorak se encajaron con fiera. Sus ojos fulguraban—. No hay tiempo que perder, Kazz. Los acontecimientos se precipitan. Hoy es el quinto día... Estoy seguro de que Kahn está de camino con esa piedra... Y si nos hemos disfrazado de tantas cosas, ¿por qué no hacerlo de soldados mercenarios del Gran Duque?

—¿Qué quieres decir, Zorak? Creí que debíamos esperar aquí la

llegada de Kahn...

—Las circunstancias han cambiado. Yalia está en poder de esos canallas. Hay que Hacer algo... ¡y pronto! Escucha mi plan, Kazz. Luego, ve a buscar a tu hermano Yamor y...

* * *

El mediodía era cálido y pegajoso. Un sol mortecino pero ardiente brillaba muy débil entre sombríos jirones de nubes. La fatiga y el calor agotaba a los hombres y a las monturas rojizas, de cabeza unicornia.

—Descansemos —dijo Kahn a sus hombres, resoplando, y dejándose caer, entre las peñas, no lejos del, cerrado, hermético carruaje donde, conducía el preciado botín del asalto de sus mesnadas a la ciudad sagrada de Ulania, reducida ahora a cenizas humeantes, repletas de sangre y cadáveres, con su rey Doria a la cabeza—. En una hora proseguiremos, para alcanzar Hydra al atardecer. El Gran Duque esperará impaciente su preciado tesoro...

Y miró con cierta envidia el carruaje cerrado, en cuyo interior, dentro de una caja metálica, se hallaba el objeto anhelado, la negra piedra adorada en la plataforma de los dioses, y de la cual procuraba apartarse, recordando las palabras que Yulk, el científico traidor, le dijera antes de su partida:

—Ante todo, que nadie mire o toque esa piedra a corta distancia... o su muerte será terrible y súbita. Que no se exhiba la piedra a persona alguna sin estar yo presente, o el desastre sería seguro...

Y Kahn, recordando que la piedra ocupara en la plataforma de los dioses una urna hermética, distante, situada en lo alto de una altísima columna central, lejos de la mirada, de los peregrinos, se dijo que Yulk debía tener razón. La fuerza oculta de aquel feo peñasco, negro y espejeante como si fuera hecho de, azabache o de cristal, debía de ser realmente pavorosa.

Pero, eso no era obstáculo para vigilarla, muy de cerca, sin perder de vista su emplazamiento, su lugar actual. Perder la piedra, significaría perder la cabeza bajo el hacha del verdugo, por orden directa del Gran Duque.

Y Kahn, que apreciaba su pérdida mano, apreciaba aún en mucho más el valor de su cabeza, por la sencilla razón de que no tenía más que una a perder...

Se enjugó, el sudor, resoplando fatigado, y entornó los ojos perezosamente. Los guardianes del carruaje hermético, se desplazaron en busca de agua y algo de alimento, un poco más lejos de donde Kahn se quedaba al cuidado del carruaje.

Momentos después, sintió las pisadas de las sandalias de sus hombres sobre el pedregal.

—¿Ya volvisteis de vuestro almuerzo? —indagó entreabriendo los ojos.

—Sí, capitán —dijo uno de los soldados vuelto de espaldas a él paseando ya en torno al carruaje. Kahn no le dio mayor importancia. Después de todo era uno de los suyos con su inconfundible coraza, casco y escudo. Tenía fe ciega en sus hombres todos.

Dormitó un poco más. La guardia en torno al carruaje se mantenía en su sitio. No se preocupó más por ello.

No pudo advertir ni siquiera sospechar que la portezuela opuesta del carruaje, era abierta sigilosamente por las manos de otro presunto soldado de gigantesca estatura y la arqueta de metal tomada entre unas manos nervudas y macizas. Un rostro endurecido sonrió torvamente. Luego, los dedos formidables condujeron la arqueta afuera. Era una caja de metal, vulgar y oscura. No se diferenciaba en nada de la que, momentos después, esas mismas manos de titán depositaban dentro del carruaje, cerrando éste cuidadosamente, y sin producir el más leve ruido, alejarse de él, con la arqueta original bajo los pliegues de su roja capa.

Los soldados se alejaron pausadamente, se mezclaron con los demás, para luego irse separando, y meterse entre los peñascos... Nadie prestó atención a ninguno de los tres. Ni Kahn, al despertar de su breve letargo al sol, observó diferencia entre los que ahora montaban guardia y los de antes.

—Está bien —dijo con, voz tonante, al incorporarse—. Vamos, ya. Es la última etapa, hacia Hydra. ¡En marcha, mis soldados!

La columna armada partió hacia la ciudad del ducado de Zeikal. El reposo estaba cerca. Y también la recompensa generosa del Gran Duque...

* * *

—¡Recompensa! —aulló, lívido, Yulk—. ¡Recompensa ha dicho, capitán Kahn!

—Claro —el oficial, sorprendido y preocupado, giró hacia él su cabeza, dejando de sonreír ante los elogios encendidos del radiante Worsov, que ya se disponía a tomar una pesada bolsa de oro para premiar a su capitán—. ¿No cumplí lo prometido, señor?

—¡Lo prometido! ¡Gran Duque, esto es un engaño, un fraude sin, nombre! —rugió Yulk, golpeando la caja metálica—. ¡Esta arqueta no puede contener la piedra negra!

—Pero... ¿por qué? —jadeó Worsov, palideciendo—. Es la misma arqueta que fue robada de Ulania, Yulk. Mi capitán nunca me traicionaría...

—Sea como sea... ¡no puede ser la arqueta! ¡Es de metal vulgar, no de copranio!

—¿Coprano? ¿Qué metal es ése? —preguntó el Duque, receloso.

—Un metal que no permite el paso de radiaciones cósmicas, Gran Duque—jadeó Yulk, descompuesto—. ¡Con este vulgar hierro de la caja, la piedra negra nos hubiera destrozado ya a todos, al emitir sus radiaciones a semejante distancia del cuerpo humano!

—No tiene sentido—jadeó Worsov—. ¡Abrid esa caja, pronto!

Un golpe de mandoble bastó para descerrajar la cerradura y, hender la tapa. Quedó al descubierto su contenido...

—¡Una vulgar piedra oscura, un simple basalto! —rugió Yulk, desesperado—. ¡Nos han engañado, Gran Duque! ¡Ese hombre, vuestro capitán, no ha traído la verdadera piedra cósmica!

—Kahn... —lívido, Worsov, se volvió hacia su esbirro—. ¿Qué significa esto? ¿Qué ha sucedido con el botín, desde Ulania aquí? ¿Acaso has pensado ser más poderoso y más rico con la piedra a tu servicio? ¡Responde!

—No, no, mi señor... —musitó el soldado, con repentino terror—. Yo nunca haría eso... Sabéis que no soy un traidor...

—Kahn, la piedra salió contigo de Ulania. ¿Qué sucedió con ella? ¡Habla! —exigió el Duque.

—Juro que nada sé, señor... Yo no perdí de vista el carruaje... No es posible que...

—¡Es falsa! ¡Falsa! ¡Maldito necio inútil! —rugió Worsov...

Y antes de que Kahn tuviera tiempo de preverlo, tomó la daga con que estaba cortando fruta, poco antes, indolentemente y la disparó contra el cuello de su capitán.

El fiero mercenario se agitó en la agonía, con su cuello

atravesado por el acero. Trató de decir algo, vomitó sangre, miró con horror a su amo y señor, se tambaleó y cayó a sus pies sin vida.

—No debisteis hacerlo, señor —dijo Yulk, aún descompuesto—. Tal vez él sabía dónde está la verdadera piedra si no son ciertos mis temores. .

—¿Temores...? ¿Qué temores? —indagó Worsov, alarmado, mirando a su huésped.

Yulk no respondió. Había girado el rostro, clavando su maligna mirada en Yalia, encadenada a una columna, con el hermoso cuerpo totalmente desnudo ahora, y cubierto de latigazos brutales.

—Tal vez no debemos detener la tortura de esta víbora —dijo el traidor científico—. Si ha sido Zorak el ladrón de esa piedra... ¡ella debe saberlo, y por eso se atrevió a venir a Hydra, a esperar su regreso, estoy seguro!

—Ella ha dicho que abandonó a Zorak, y parecía decir verdad... —dudó, el Gran Duque.

—¡Seguid con la tortura y lo confesaré todo! ¡Vamos, seguid hasta matarla, señor! ¡Ella y Zorak tienen la culpa de que la piedra maravillosa no esté en nuestras manos ahora, y nos convierta en los seres más fuertes de toda la Humanidad!...

—Bien. Mis verdugos seguirán torturándola, y espero que eso resulte, Yulk...

—Resultará, señor, resultará... ¡Zorak tiene que ser hallado y destruido, antes de que sea demasiado tarde... y nos aniquile a nosotros con un nuevo poder que desconocemos!...

Hizo una señal el Gran Duque. Dos hombres encapuchados, enarbolando látigos de tralla trenzada y bolas de acero, se aproximaron a Yalia, para seguir torturándola.

* * *

El griterío afuera, detuvo a los verdugos. El Gran Duque giró la cabeza. También Yulk. La guardia ducal se situó ante los portones metálicos, en formación de combate.

—¿Qué sucede ahí afuera? —rugió Worsov, descompuesto...

—¡Viva el libertador! —se oyeron voces en la calle—. ¡Hydra y Zeikal por el superhombre que trae la libertad y la dignidad a los hombres! ¡Abajo la tiranía del Duque! ¡Mueran los tiranos!...

—Os lo dije, señor... —lívido, tembloroso, Yulk se encogió, medroso—. Es Zorak... Lo ha logrado... ¡Lo ha logrado!...

El Gran Duque se precipitó a la baranda de su balcón. Retrocedió ante los gritos y piedras que le arrojaron. Fugazmente, descubrió docenas de soldados muertos, aplastados en las calles.

—Imposible... —jadeó—. ¿Quién ha hecho todo eso?

Yulk, a su lado, tembló asustado. Su voz sonó ronca:

—¿Quién, sino Zorak? Es invencible ahora... Un auténtico superhombre... La radiación lo hizo... La Piedra de Plutón le ha dado la fuerza, la eternidad misma...

Se desgajó la puerta metálica bajo un embate terrible. Giraron sus cabezas, amedrentados el Duque y su compinche. Con horror, vieron caer un portón, luego otro... Los soldados cargaron contra un hombre, un titán gigantesco, semidesnudo, sobre el que, sin embargo, lanzas y espadas rebotaron, mellándose. Él, enarbolando su terrible espada, segó cabezas y cuerpos, trituró soldados por doquier, sin recibir un solo rasguño... Su: piel despedía una rara y dorada luminosidad...

Los verdugos trataron de amenazarle, de detenerle, golpeando a Yalia. Zorak se limitó a lanzarse sobre ellos. Silbó su espada y dos cabezas encapuchadas cayeron al suelo, en un baño escarlata... — ¡Zorak! ¡Amor mío! —sollozó Yalia, mirándole patéticamente—. Volví para buscarte...

—Lo sabía —Zorak aferró sus cadenas. Las trituró entre sus dedos, como si fuesen de azúcar o cristal, y ella quedó libre. La cubrió con su cuerpo, cuando el Gran Duque arrojó una lanza hacia ella.

Rebotó el arma sobre el pecho de Zorak. Este miró fieramente a ambos, a Yulk y a Worsov. Luego, fue hacia ellos...

—¡No, no! —chilló con terror el Gran Duque—. ¡No, por los dioses...!

Llegó a la terraza, trató de retroceder más aún. Volteó sobre la balaustrada y se fue abajo. Su cuerpo se estrelló sobre el pavimento. La cabeza reventó como un fruto maduro.

Yulk, lívido, de rodillas, sollozó ante Zorak, que le miró, despectivo. Luego, hizo un gesto de ira y de disgusto.

—Podría destrozarte, traidor —murmuró—. Pero no mereces la pena... Serás encarcelado y juzgado por el pueblo mismo a quien querías dominar... Ellos te harán pagar tu traición. Ahora, todo ha cambiado, Yulk, y tú lo sabes. Soy inmortal. Eterno. La radiación de

Plutón lo ha logrado. Ahora, esa piedra será situada en el punto más alto, como faro, del mundo actual. Sus radiaciones rasgarán las nubes, nos dejarán ver de nuevo el sol y las estrellas... Y su fulgor llegará, a través de los cielos, hasta el propio Plutón y la super raza que lo puebla... Ellos sabrán que todo empieza de nuevo en la Tierra, gracias a su mensaje de paz y de amor a los humanos vencidos por sí mismos y su erróneo uso de la Ciencia. Sólo espero que yo, al enseñar a futuras generaciones cuanto almacenaron en mí tus colegas honestos, les enseñe también un mejor uso de todo esto y todas las noches negras de un mundo muerto, queden atrás... Ahora, la rebelión comenzó. El hombre vuelve a ser libre, porque así lo desea... Es el principio de todo, Yalia querida...

Miró a su fiera compañera, que sollozaba, femenina como nunca, abrazada a él. La besó.

—Serás mi compañera eterna también —dijo—. Por todas las noches y los días del mundo futuro, Yalia querida...

FIN